

LA VIDA COTIDIANA DE LOS MISIONEROS JESUITAS EN EL NOROESTE NOVOHISPANO¹

Bernd HAUSBERGER

En su expansión hacia el norte de lo que hoy es México, los españoles encontraron culturas que no se parecían a las de los aztecas y de los otros pueblos del centro y sur del país. En el norte hallaron simples agricultores, a veces seminómadas, y cazadores-recolectores, que se oponían ferozmente a la expansión colonial. Eran pobres, poco numerosos y vivían dispersos en un territorio amplio, caluroso y seco. Frente a las reducidas perspectivas de botín y riqueza y la arraigada tradición guerrera de los habitantes del territorio, entre los españoles no hubo nadie que quisiera organizar los medios y las fuerzas necesarias para romper la resistencia indígena. De esta manera, la expansión española, que en el territorio de los viejos imperios indígenas había sido llevada a cabo de un modo rápido, se estancó. En la meseta central comenzaron a avanzar de nuevo, como consecuencia de los descubrimientos de ricas vetas de plata que se hicieron a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI; pero en el noroeste el avance quedó detenido en las riberas del río de Sinaloa.

En vista de esto, el gobernador de la Nueva Vizcaya, Rodrigo del Río y Loza, invitó en 1598 a los jesuitas a enviar misioneros para someter aquella zona a Dios y al rey. Los ignacianos, que habían llegado a México en 1572, no vacilaron en aprovechar la ocasión para incursionar en el campo de la evangelización e intentar la realización de una sociedad cristiana entre los pueblos paganos. Así como en varias partes de América del Sur (Paraguay, Chiquitos, Maynas, etcétera), en el norte de México las misiones venían a ser una de las típicas instituciones fronterizas del imperio español. Allí,

¹ El presente artículo se basa fundamentalmente en la información reunida en mi libro *Jesuiten aus Mitteleuropa im kolonialen Mexiko. Eine Bio-Bibliographie*, Viena/Munich 1995 (Estudios sobre historia y cultura de los países ibéricos e iberoamericanos 2). Una primera versión la presenté en el XX Simposio de Historia y Antropología de Sonora, celebrado en Hermosillo, Sonora, del 23 al 26 de febrero de 1995, y fue publicada con el título *La vida diaria de los padres jesuitas en las misiones del noroeste de México. Un acercamiento a la historia cotidiana colonial*, en la *Memoria del XX Simposio de Historia y Antropología de Sonora*, Hermosillo,

los jesuitas empezaron su trabajo en 1591 en la villa de Sinaloa (hoy Sinaloa de Leyva), que en ese entonces era el puesto más avanzado del poder español en el noroeste. Se establecieron en los alrededores del pequeño poblado y pronto iniciaron sus actividades entre los diversos pueblos de Sonora (mayos, yaquis, ópatas, eudeves, pimas), así como entre los tepehuanes y tarahumaras en la sierra de Durango y Chihuahua.² En el transcurso de un siglo avanzaron hacia el norte, tanto en la Tarahumara como en Sonora, y llegaron hasta el sur del actual estado norteamericano de Arizona. En 1697, empezaron la difícil misión de Baja California y después, en 1721, entre los coras de Nayarit. Con eso quedan esbozadas las etapas fundamentales de la expansión jesuítica en México. En 1748, para dar un dato preciso, los jesuitas tenían 117 misiones entre los grupos indígenas nombrados.³ Todo esto requería un numeroso personal dispuesto a vivir en tierras y entre gentes que los europeos de los siglos XVII y XVIII calificaban de bárbaras y salvajes. Para cubrir esta necesidad, la Compañía de Jesús no encontró suficientes elementos entre los miembros de sus provincias españolas y americanas, por lo que recurría a un número cada vez mayor de extranjeros que habrían de participar en la obra misional. Entre ellos se encontraban italianos, alemanes, belgas, checos y otros. En el noroeste de México, el éxito y la influencia de los jesuitas sólo tenían un límite, el que ponían dos pueblos nómadas que se mostraban reacios a cualquier intento tanto de evangelización como de conquista militar: los seris, en la costa sonorensis del golfo de California, y los apaches en el norte y noroeste de Sonora y Chihuahua. Hacia 1752, el número de las misiones jesuitas experimentó una primera reducción, cuando la Compañía tuvo que entregar 22 pueblos en la Tepehuana al clero secular.⁴ El fin del sistema misional jesuítica acaeció en 1767, año en que el ilustrado rey Carlos III expulsó a todos los miembros de la Compañía de Jesús de los territorios de su corona.

La función de la misión católica en las zonas periféricas del imperio español en América era integrar a sus habitantes al sistema colo-

1996, p. 25-70.

² Sobre los indígenas del noroeste de México y el suroeste de los Estados Unidos existe una amplia bibliografía, véase sobre todo: *Handbook of Middle American Indians*, vols. 4, 6, 8, 11 (parte 2), Austin, 1966-1971. *Handbook of North American Indians*, vols. 9-10: Alfonso Ortiz (ed.), *Southwest*, 2 vols., Washington, 1979-1983. Carroll L. Riley, *The Frontier People. The Greater Southwest in the Protohistoric Period*, 2a. ed. revisada, Albuquerque, 1987.

³ Ernest J. Burrus/Félix Zubillaga, *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas, 1600-1769*, México, 1986, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, p. 591-599. (Serie Documental, 18)

⁴ Peter Gerhard, *The North Frontier of New Spain*, Princeton, 1982, p. 22, 112-113, 167-168, 176-177, 222; Susan M. Deeds, *Rendering to Caesar. The Secularization of Jesuit Missions in*

nial, no sólo en el campo religioso-espiritual sino en un sentido mucho más amplio. Los jesuitas nunca establecieron una clara línea de separación entre el contenido puramente religioso y las implicaciones políticas de su empresa. La conversión consistía en el reconocimiento de las dos majestades —la divina y la terrestre— y la rebelión se consideraba como pecado contra el rey y contra Dios. El proyecto de los misioneros jesuitas tendía, además, a una transformación profunda de toda la vida social y cultural de los grupos de los que se ocupaba. Por ejemplo, se intentaba convencerlos o, si era necesario, obligarlos a vestirse decentemente y a respetar el sacramento del matrimonio monogámico. El vivir vagando libremente por los montes, como lo practican las culturas nómadas o seminómadas, parecía constituir un modo de vida animal y en contra de la naturaleza humana. Así, los jesuitas se esmeraban en reunir a la gente dispersa en poblaciones fijas, para lo cual se hacía necesario organizar al mismo tiempo una producción agrícola suficiente que garantizara el sustento de las nuevas comunidades. Para administrarlas mejor, nombraban una serie de funcionarios indígenas en cada pueblo; los misioneros, sin embargo, se reservaban para sí la autoridad suprema e intentaban crear bajo su gobierno una sociedad cristiana ideal, cuyas bases debían ser la piedad, la modestia, la obediencia, la disciplina y el trabajo de sus habitantes. Estas ideas gozaban de la completa aprobación de la Corona, ya que se proponían crear en las regiones norteñas estructuras socioeconómicas similares a las que los españoles habían encontrado en el centro de la Nueva España, y que a su vez tampoco resultaban demasiado distintas de las comunes en el viejo mundo: una población en su mayoría dedicada a la agricultura, que vivía en aldeas fijas. Esto parecía el modo de vida y el orden socioeconómico normales y a p a r - te permitía la instrucción sistemática, además de que posibilitaba la explotación económica organizada de la gente.

A través del programa misional jesuita, el noroeste de México fue integrado al dominio español y, en su mayoría, sus habitantes aceptaron el cristianismo, pero de este proceso no resultó aquella sociedad ideal que habían soñado y pensado sus creadores. Para explicar este relativo fracaso puede aludirse a varias razones: ideas erróneas de los jesuitas sobre la naturaleza humana, sobre el funcionamiento de culturas y sobre las posibilidades de realizar un cambio cultural planeado; profundas divergencias sobre el significado de la misión entre los misioneros y los colonos españoles, quienes aprobaban el programa misional sólo en la medida en que preparara a los indígenas para aceptar su papel de mano de obra y produc-

tores agrícolas explotados; la ambigua posición del Estado, que quería ser el intermediario entre las dos partes defendiendo el sistema misional pero sin quitarles a los colonos todas las posibilidades de aprovecharse de sus habitantes. El Estado deseaba la cristianización y la creación de comunidades indígenas estables en el norte, más quería también el desarrollo próspero de la economía colonial. Este intento de reconciliar dos vías de desarrollo, tal vez no completamente opuestas, pero en permanente competencia entre sí, llevaba a muchas contradicciones y desencadenaba una serie de conflictos. Mientras que los jesuitas intentaban resolverlos recurriendo a las diversas instancias de la administración y jurisdicción colonial, los indígenas, por otro lado, llegaban a reaccionar con rebeliones, que antes de su sofocación causaban bastantes víctimas en ambos bandos.

Sobre el sistema de misiones que los jesuitas establecieron en el noroeste de México, su función, sus éxitos y sus fracasos se ha escrito mucho.⁵ El presente texto no entra en el análisis de la labor misionera ni de su importancia política y socioeconómica en el establecimiento del orden colonial. Aquí me limito a llamar la atención sobre una de las debilidades del programa misional, la que radicaba en sus mismos propagandistas. Como ha apuntado Solange Alberro, los indígenas no eran los únicos que sufrían las consecuencias de la conquista y de la colonización, sino que también los conquistadores y colonizadores españoles vivían una aventura perturbadora, si bien infinitamente menos dramática, que implicaba la necesidad de adaptar sus antaños conceptos del mundo a la extraña nueva realidad.⁶ Lo que era cierto para los españoles laicos, lo era en mayor grado para los misioneros jesuitas que obraban como “adelantados” del proyecto de colonización hispano en las fronteras del mundo explorado. A los padres empleados en las misiones se les exigía un trabajo tan vasto que ni física ni psicológicamente podían del todo con su tarea. La

Mid-Eighteenth Century Durango, Tucson, 1981 (tesis no publicada de la University of Arizona).

⁵ Entre los mejores estudios del sistema misional jesuita novohispano se pueden destacar: Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuitica 1697-1768*, México, 1984 (Serie de Historia Novohispana 32); Sergio Ortega Noriega, “El sistema de misiones jesuíticas, 1591-1699”, y “Crecimiento y crisis del sistema misional, 1686-1767”, en Sergio Ortega Noriega-Ignacio del Río (eds.), *Historia General de Sonora*, vol. 2: *De la Conquista al Estado Libre y Soberano de Sonora*, Hermosillo, 1985, p. 37-75, 113-150. Para la Tarahumara, véanse las numerosas publicaciones de Luis González Rodríguez, así como Ricardo León García, *Misiones jesuitas en la Tarahumara (siglo XVIII)*, Ciudad Juárez, 1992 (Estudios regionales 6); véase también Luis Navarro García, *Sonora y Sinaloa en el siglo XVII*, Sevilla, 1967 (Publ. de la EEHA, 176); Edward H. Spicer, *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, México and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, Tucson, 1962.

⁶ Solange Alberro, *Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles de México dejaron de serlo*,

Compañía de Jesús, del siglo XVI al XVIII, se consideraba, con justa razón, como el grupo mejor formado de la Iglesia Católica. Gracias a los rígidos procedimientos en la selección y formación de nuevos miembros se aseguraba un personal bastante eficiente. Sin duda, los jesuitas disponían de un alto grado de idealismo. La mayoría se habían ofrecido voluntariamente para el trabajo entre los paganos, sin dejarse asustar ni siquiera por la posibilidad de sufrir el martirio, pero el abstracto anhelo de sufrimiento, siguiendo el ejemplo de Cristo y de los santos venerados, era una cosa, y la dura y áspera realidad de la vida entre los indios era otra, y esta diferencia muchas veces superaba la capacidad humana de los padres. Cómo los misioneros vivían esta situación, se intenta describir en las próximas páginas.

Las fuentes utilizadas para el presente artículo son múltiples. Entre ellas figura, sobre todo, la correspondencia que los misioneros sostenían entre sí o con otras personas dentro y fuera de sus provincias de trabajo. Ésta se conserva en una cantidad sorprendentemente grande en diversos archivos de México, Estados Unidos y otras partes del mundo. Además, hago uso extenso de algunas relaciones geográficas e históricas que los jesuitas publicaron sobre las regiones en las que ejercían su profesión. Se puede objetar que en estos textos —especialmente en los del segundo tipo— los padres tendieran a engrandecer sus sufrimientos para impresionar al lector o porque simplemente no alcanzaban a percibirse de manera objetiva. Sin embargo, creo que no sólo es de interés averiguar cómo los padres vivían “de veras” en las misiones, sino también reconstruir cómo se sentían, con todo el contenido subjetivo que eso tuviera, y cómo representaban su papel de humano frente a sí mismo y al público. Podría decirse que un defecto mucho más grande de las fuentes radica en que no testimonian nunca la visión del indígena frente a la misión. Por esto, me limito en el relato en la medida de lo posible a la figura del padre misionero.

1. LOS AGOBIOS

1.1 *El trabajo*

Los jesuitas que sobrevivían el largo viaje a las misiones, que estaba ligado a numerosas dificultades, al llegar a su meta por fin podían dedicarse al trabajo con los indígenas paganos o neófitos. Este con-

sistía en una cantidad de oficios espirituales, administrativos y económicos. Como curas de sus comunidades misioneras, todos los días tenían que decir la misa, celebrar matrimonios, bautizar a niños, confesar a enfermos y moribundos, enterrar a los fallecidos, y todos estos servicios no sólo se suministraban a los indios, sino muchas veces también a los españoles y mestizos que vivían en los alrededores de las misiones.⁷ Durante la Pascua o las frecuentes epidemias, que hasta el fin de la época jesuita segaron la vida de gran número de los indígenas evangelizados, la administración de los sacramentos, sobre todo la toma de confesión, podía convertirse en una carga abrumadora, y más aún cuando los padres daban también tratamiento médico a los enfermos.⁸ El misionero enseñaba a los indios la doctrina cristiana y en algunas de las misiones se establecieron también escuelas elementales para niños indios seleccionados. En el campo económico, el padre supervisaba los trabajos del campo y administraba los excedentes que se producían y los ingresos que resultaban. Muchas veces tenían que ocuparse en los trabajos más sucios para dar buen ejemplo a los neófitos.⁹

1.2. *El extraño entorno cultural*

El salto al mundo desconocido de las misiones requería de los jesuitas el abandono de muchas costumbres viejas y amadas. A la hora de la comida, algunos de los platos en la mesa fueron consumidos con repugnancia por falta de alternativas.¹⁰ En vez de pan

México, 1992, especialmente p. 7-8.

⁷ Padre visitador general Agustín Carta al padre provincial Juan Antonio Balthasar, Chihuahua, 3 de septiembre de 1751, AHH, leg. 2009, exp. 39. Ignaz Pfefferkorn S.J., *Beschreibung der Landschaft Sonora samt anderen merkwürdigen Nachrichten von den inneren Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschland, nebst einer Landkarte von Sonora. Von Ignaz Pfefferkorn, elfjährigen Missionar daselbst*, Colonia, 1794-1795, vol. 2, p. 413.

⁸ “(...) la peste de las viruelas entró en estos dos pueblos por los meses más rigurosos de junio, julio, agosto y septiembre (...), pasaban por veinte las confesiones todos los días (...) quedó mi salud algo estragada”. Padre Juan Nepomuceno Plank al padre visitador general Ignacio de Lizasoain, Cócorim, 6 de abril de 1764, AHH, leg. 1164 caja 2. También: Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 69.

⁹ Respuesta del padre Alejandro Rapicani a una carta circular del padre visitador Carlos de Roxas, Batuc, 7 de agosto de 1749, AHH, *México* 278, exp. 17, f. 6-7. Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 2, p. 406-407. Para la descripción de una jornada normal de un misionero, véase por ejemplo: Apuntes sobre el padre Fernando Consag, s.l. s.f., AHPMCJ, Nr. 1536.

¹⁰ “(...) basta que tengo que aguantar el modo español de preparar las comidas.” Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, en: Philipp A. Segesser (ed.), *Die Berichte des P. Philipp Segesser aus der Gesellschaft Jesu über seine Mission in Sonora, 1731-1761*, en *Katholische Schweizer Blätter*, Neue Folge, 2. Jg., Heft 6-9 (Luzern 1886), p. 68

ahora había tortillas de maíz, y cualquier plato de carne se condimentaba con chile y era muy picante, “al principio, para un europeo, un agobio inimaginable”, como comentó el padre Pfefferkorn.¹¹ El padre Hüttl suplicó en 1765 con insistencia el envío de café, pero no se sabe si lo recibió.¹² Con frecuencia faltaba el vino en la mesa; el aceite era raro y se sustituía con sebo. Si éste se agotaba, no sólo faltaba en la cocina, sino también para las lámparas, y los misioneros tenían que quedarse sin luz en cuanto oscurecía; y sin sebo tampoco se podía hacer jabón, sin el cual el misionero tenía que aguantar llevar las ropas tan sucias que incluso resultaba molesto para un europeo del siglo XVIII.¹³

1.3. *La naturaleza*

Las condiciones naturales resultaban especialmente penosas. El clima en el norte de México se caracteriza por ser muy extremo. Los veranos son extremadamente calientes, los inviernos, y muchas veces también las noches, fríos. Cuando un jesuita enfermaba reiteradamente en su misión, se le transfería a una zona de temple diferente, para ver si el cambio le sentaba, pero no siempre esto dio resultado. Al duro clima le correspondía una vegetación agreste y llena de espinas. Así lo expresa el padre Juan Jacobo Baegert: “En cuanto a las espinas en California, su número es sorprendente, y hay muchas, cuyo aspecto causa horror. Parece que la maldición que Dios pronunció sobre la tierra después de la caída de Adán, cayó en especial en California e hizo allí su efecto”.¹⁴

A eso se aunaban todo tipo de bichos, que podían hacerle a cualquiera la vida insoportable. Así, por ejemplo, las misiones de Nayarit se describieron como “(...) sumamente calientes y copiosas de mosquitos, alacranes, tarántulas, zancudos, jejenes, escorpiones, garrapatas, víboras y cuánto género de sabandija Dios crió, allá tie-

(todas las traducciones de las fuentes alemanes son del autor).

¹¹ Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 1, p. 61.

¹² P. Hüttl al padre procurador José Hidalgo, Teméichic, 15 de marzo de 1767, AHH, leg. 325, exp. 92. Memoria que pide el padre Antonio Luis Hüttl para el año de 1765 para Teméichic, AGN, *Temporalidades Indiferente* 49.

¹³ P. Francisco Javier Weiss al padre visitador general José de Utrera, Baborígame, 23 de septiembre de 1754, WBS, núm. 66, p. 305.

¹⁴ Johann Jakob Baegert S.J., *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien: mit einem zweyfachen Anhang falscher Nachrichten. Geschrieben von einem Priester der Gesellschaft Jesu, welcher lang darinn diese letztere Jahr gelebet hat*, Mannheim 1773, p. 51.

¹⁵ P. Cristóbal de Lauria, “Informe verídico y fiel de Nayarit y de sus misiones”,

ne su lugar”.¹⁵ De especial molestia podían ser las hormigas: “A veces le atacan a uno, cuando está en el sueño más profundo, y después de todo el esfuerzo de matarlas, no se desembaraza de ellas en ocho días, a no ser que uno cambie su cuarto y se busque su cama en otro lado”.¹⁶ En 1763, el padre Enrique Kürtzel casi murió en Ónavas por la picadura de un alacrán¹⁷ y, tres años más tarde, una araña picó al viejo padre José Roldán.¹⁸ El padre Baegert, en su casa en San Luis Gonzaga, Baja California, fue hostigado por tantos alacranes, que dijo haber matado en el transcurso de 13 años más de medio millar. Una caza tan eficiente requería estar permanentemente alerta. “Por esto”, escribe Baegert, “tenía preparado siempre una lezna larga, para clavarlos, nada más al verlos, a la pared”.¹⁹ Más penosos que los alacranes fueron para Baegert una especie de avispas californianas, cuyo piquete dolía “como si alguien le diera a uno de repente una punzada profunda con una aguja candente”.²⁰ De vez en cuando se metió incluso un zorrillo a su casa, “(...) un animalito bien bonito, (...) pero, con todo respeto hay que decirlo, de una orina tan pestilente, que en el cuarto donde por miedo la deja, se le quita la respiración a uno, conservándose un resto del olor infernal por más que un mes”.²¹ Se cuenta que, en una ocasión, por ese motivo se desmayó un padre.²²

1.4. *Las enfermedades*

De mayor peligrosidad que los piquetes de las alimañas eran las múltiples enfermedades infecciosas ante las cuales sucumbieron tanto los jesuitas como los indígenas. Periódicamente se daban epidemias, contra las cuales los conocimientos médicos de la época resultaban muchas veces ineficaces. Los misioneros intentaban auxiliarse,

Guadalajara, 10 de enero de 1727, AGN, *Historia* 308, f. 430r.

¹⁶ Baegert, *Nachrichten*, p. 73.

¹⁷ P. Kürtzel al padre procurador José Hidalgo, Ónavas, 5 de abril de 1763, AHH, leg. 323, exp. 3.

¹⁸ P. José Watzek al padre rector José Roldán, Onapa, 17 agosto de 1766, WBS, núm. 66, p. 271

¹⁹ Baegert, *Nachrichten*, p. 69.

²⁰ *Ibid.*, p. 73.

²¹ *Ibid.*, p. 64.

²² Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 59.

²³ Como ejemplo, véase uno de los numerosos pedidos de medicamentos: padre Jorge H o s - tinsky al padre procurador José Ferrer, Santo Tomás, 20 de marzo de 1726, AHH, leg. 282, exp.

entre otras cosas, con medicinas que encargaban a la ciudad de México.²³ Con el mismo sentido había entre los padres un intenso intercambio del uso de las más diversas sustancias vegetales, animales y minerales de la comarca.²⁴ Con frecuencia, recurrían a métodos medicinales que hoy en día ya no resultan convincentes. El padre Pfefferkorn, por ejemplo, consideró una bebida de excremento humano disuelto en agua con azúcar como el mejor remedio contra la rabia; contra la diarrea, recomendó orina con añil.²⁵ El padre visitador de Sonora, el siempre enfermo Manuel Aguirre, intentaba curarse entre otras cosas con grasa de coyote, pero parece que fue más lo que sufrió por estos tratamientos que el alivio que recibió.²⁶ Tampoco el padre Juan Steb podía liberarse de sus permanentes dolores de cabeza, ni aun cuando en la primavera de 1766 partió desde su retirada misión de Moris a la villa de Chihuahua para que allí lo sangraran.²⁷ Mejor suerte tuvo el padre Bernardo Middenforff, quien logró curarse de su tuberculosis con la ayuda de la ‘goma’, un tipo de resina vegetal que se encuentra en Sonora. Middendorff escribió más tarde: “Tanto como un pulgar disuelta en agua y bebida es bueno contra la expectoración sanguinolenta, y yo mismo me he liberado de aquel mal con esta bebida”.²⁸ En Nayarit, la “gomilla de Sonora” se recomendaba también como remedio contra la ponzoña del alacrán, junto con la triaca romana, la cáscara del tempisque y “el colmillo del caimán raspado, bebido en dos o tres sorbos de agua”; pero como el medio terapéutico más eficaz se consideraba “(...) la ventosa, si pica en parte adonde se puede aplicar, sajando primero el lugar donde

24.

²⁴ Véase por ejemplo: padre Francisco Javier Pauer al padre Andrés Michel, San Ignacio, 16 de abril, AHH, leg. 323, exp. 3. Véase también: Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 47-48.

²⁵ Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 1, p. 113-114, vol. 2, p. 187. Sobre la rabia, véase por ejemplo: padre José Watzek al padre rector José Roldán, Tarachi, 9 de septiembre de 1766, WBS, núm. 66, p. 273.

²⁶ Padre visitador Manuel Aguirre al padre provincial Francisco Zevallos, Bacadéguachi, 1 de abril de 1766, AHH, leg. 297, caja 1, f. 287r-288v.

²⁷ Padre Steb al padre provincial Salvador de la Gándara, Chihuahua, 20 de julio de 1766, AGN, *Jesuitas*, III-14. Licencia del padre Pedro Pablo Masida al padre Steb, Guazápares, 27 de mayo de 1766, AGN, *Jesuitas*, III-14.

²⁸ W. Junkmann (ed.), “Aus dem Tagebuche des mexicanischen Missionarius Bernh. Middendorff aus der Gesellschaft Jesu.” In: *Katholisches Magazin für Wissenschaft und Leben* (Münster 1845), vol. 1, p. 794. Véase también: Juan Nentuij, S.J., *El rudo ensayo. Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*, ed. Margarita Nolasco Armas, Teresa Martínez Peñalosa, América Flores, México, 1977 (Colección Científica del INAH 58), p. 62.

²⁹ Breve relación geográfica de las misiones que componen la provincia de Nayarit, s.l. s.f. [ca. 1765], AHINAH (México), Fondo Jesuita, carpeta VI, doc 5, f. 6r. A los dientes del

picó, pero es preciso que llegue prontamente antes que el veneno se insinúe en el cuerpo”.²⁹ Buenos consejos encontraban los enfermos también en el conocido manual médico de Juan Esteyneffer, el que había escrito especialmente para sus compañeros en las misiones. En Baja California era, después de la Biblia, los misales y los breviarios, el libro más común; había un ejemplar en cada misión.³⁰

En conclusión, se usaba una rara mezcla de tratamientos derivados de creencias supersticiosas y de conocimientos empíricos-modernos. Con todo, también los españoles laicos buscaban el consejo médico de los jesuitas; en la frontera todos tenían los mismos problemas y había que ayudarse mutuamente como fuera posible.³¹ De esta suerte, el padre Felipe Segesser, que en sus primeros años en la Pimería Alta se encontró varias veces al borde de la muerte, fue llevado en una de esas ocasiones por su amigo Juan Bautista de Anza, el capitán del presidio de Fronteras, a su casa, donde su esposa le curó con “sus medios caseros”.³² En otro momento le salvó incluso un hechicero, a quien habían llamado los funcionarios indígenas de su misión. Segesser escribió a su hermano sobre esto: “(...) me trajeron a mi cama, mientras que dormía, a un hechicero, quien sacó un objeto como un chícharo de mi boca, y en seguida me fue mejor”.³³

No es fácil averiguar en qué medida los jesuitas hacían uso de los conocimientos de los indios en su lucha contra las enfermedades.³⁴ Tomando en cuenta el desdén con que miraban los métodos de curar de los indígenas, siempre mezclados con prácticas rituales, puede suponerse una escasa adaptación de las tradiciones precolombinas entre los misioneros. Cuando, por ejemplo, en 1763 las misiones de Nayarit fueron asoladas por una epidemia y los indios, en su desesperación, reunieron dinero para pagar la ayuda de un hechicero, los

caimán se atribuían también en el Paraguay calidades medicinales; J. R. Rengger, *Reise nach Paraguay in den Jahren 1818 bis 1826*, ed. A. Rengger, Aarau 1835, p. 386.

³⁰ Juan de Esteyneffer S.J., *Florilegio Medicinal*, México, 1712, ed. María del Carmen Anzures y Bolaños, 2 vols., México, 1978 (Nuestros Clásicos 2, Colección la Historia de la Medicina en México). W. Michael Mathes, “Oasis culturales en la antigua California. Las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773”, en *Estudios de Historia Novohispana* 10 (1991), p. 438, 440. Véase también: Luis González Rodríguez, “Religión y comercio de plantas medicinales en el noroeste colonial”, en Luis González Rodríguez, *El noroeste novohispano en la época colonial*, México, 1993, p. 513-543.

³¹ Capitán Lorenzo Cancio al padre José Lorenzo García, San Carlos de Buenavista, 9 de agosto de 1766, BLB, M-M 1716.

³² Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 25.

³³ *Ibid.*, p. 42-43.

jesuitas hicieron apresar tanto al hechicero como a sus clientes.³⁵ Por otro lado, sólo puede explicarse el rápido aprendizaje de los efectos de diversas yerbas locales mediante un diálogo con los indígenas, en los cuales podían a la vez realizar los ensayos necesarios para verificar los resultados de la aplicación de los nuevos medicamentos (como lo afirma el naturalista español Félix de Azara sobre el célebre yerbero de los misiones paraguayas, padre Sigismundo Asperger).³⁶ El padre José Och se dejó aconsejar por sus indios sobre como curar sus pies, que estaban llenos de picaduras de insectos y arañazos por la profusa y constante comezón, a tal grado que se habían cubierto de costras, y sanó.³⁷ No cabe duda que, respecto a este punto, se daban actitudes individuales muy diferentes. El sencillo padre Herman Glandorff, por ejemplo, permitió que los tarahumaras de Tomóchic le cuidaran, aunque no parece haber creído del todo en la utilidad de sus esfuerzos. Alguna vez escribió el padre Glandorff: “(...) me sale con los excrementos mucha sangre ya casi dos semanas ha, pero sin dolor alguno; unos dicen que es sangre molida que la naturaleza expele, otros que es de almorranas, todos, que es para salud. Mis hijos están llorando y me están curando como ellos saben”.³⁸

1.5. *Los caminos*

Una misión consistía normalmente de dos o tres pueblos, entre los que mediaba una cierta distancia, y el misionero responsable de ella tenía que visitar regularmente desde la cabecera los otros pueblos, llamados ‘de visita’. Cuando se nombraba a un jesuita superior de un rectorado de misiones o visitador de toda una provincia, estaba obligado a emprender viajes incluso más largos, los

³⁴ Véase al respecto María del Carmen Anzures y Bolaños, *La medicina tradicional en México. Proceso histórico, sincretismo y conflicto*, México, UNAM, 1983, especialmente p. 55-102.

³⁵ P. Antonio Polo al padre provincial Francisco Zevallos, Santa Rita, 12 de diciembre de 1763, AHPMCJ, núm. 1416.

³⁶ Félix de Azara, *Viajes por América Meridional*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, p. 90.

³⁷ Joseph Och, S.J., “P. Joseph Och’s, Glaubenspredigers der G. J. in Neumexico, Nachrichten von seinen Reisen nach dem spanischen Amerika, seinem dortigen Aufenthalte vom Jahr 1754 bis 1767, und Rückkehr nach Europa 1768. Aus dessen eigenhändigen Aufzeichnungen. In drey Abschnitten”, en Christoph Gottlieb von Murr (ed.), *Nachrichten von verschiedenen Ländern des spanischen Amerikas. Aus eigenhändigen Aufsätzen einiger Missionare de Gesellschaft Jesu, Halle 1808-1811*, vol. 1, p. 198. Véase también: padre Adán Gilg al padre rector del colegio de Brno, Pópulo, febrero 1692, *Welt-Bott*, vol. 1, parte 2, núm. 53, p. 76 (para el título completo del *Welt-Bott*, véase nota 127).

³⁸ P. Glandorff al padre rector Luis Téllez Girón, Tomóchic, 29 de abril de 1751.

que le podían llevar meses por territorios muy amplios.³⁹ Los viajes en el norte eran muy pesados, aunque sólo fuera por las temperaturas extremas, las picudas espinas, que “atraviesan zapatos y botas como si fueran cera suave, cuando, yendo en caballo, no se presta atención”, o las serpientes cascabeles a lo largo de las sendas solitarias.⁴⁰ Caminos bien hechos o puentes no se conocían en ninguna parte. Al visitar las misiones de Sinaloa, por ejemplo, había que atravesar 20 veces el río de los Tubares y 63 veces el río de San Andrés, lo que podía ser peligroso durante la época de lluvias, y, en todo caso, las repetidas empapadas perjudicaban la salud.⁴¹ Era costumbre que los padres viajaran a caballo, pero no todos gustaban de esto. El padre José Watzek prefería una mula más apacible para trasladarse. Un día, sin embargo, se vio forzado a montar un caballo, el que en el acto “(...) me tiró de espaldas con tal porrazo que todo el día de ayer quedaba casi inmóvil sin poder moverme y especialmente los pies en los que he sentido un dolor agudísimo”.⁴² Cuando un padre se volvía viejo y gordo, ya no quería arriesgarse de esta manera. Por esta razón, el experimentado padre Carlos de Roxas usaba una volante para cumplir con sus deberes, siempre y cuando el nivel de agua de los ríos lo permitiera,⁴³ y lo mismo se sabe del padre Felipe Segesser.⁴⁴ Viajando en carro por los fragosos caminos del norte, tampoco se estaba a salvo de accidentes, como lo tuvo que experimentar el padre visitador general José de Utrera, alrededor de 1754.⁴⁵

1.6. *Los indios*

Compárese: Baegert, *Nachrichten*, p. 141-142.

³⁹ P. Juan Antonio Balthasar a Franz Urs Balthasar, México, 19 de mayo de 1749, StA Luzern, PA 178/384.

⁴⁰ Baegert, *Nachrichten*, p. 52; sobre las cascabeles, *ibid.*, p. 66-68.

⁴¹ Informe del padre Francisco Domínguez, Navojoa, 8 de febrero de 1744. Sobre la sierra Tarahumara véase: padre visitador Juan de Güenduláin al padre provincial Gaspar Rodero, Cócorim, 22 de diciembre de 1725, AGN, *Historia* 20, f. 21v-35r.

⁴² P. José Watzek al padre José Roldán, Onapa, 11 de julio de 1766, WBS, núm. 66, p. 269.

⁴³ Padre visitador general Carlos de Roxas al padre provincial Francisco Zevallos, Arispe, 14 de mayo de 1764, AHH, leg. 17, exp. 8.

⁴⁴ P. Antonio María Benz a sus padres, Ures, 6 de junio de 1751, Peter Masten Dunne S.J. - Ernest J. Burrus S.J. (eds.), “Four unpublished letters of Anton Maria Benz eighteenth century missionary to Mexico”, en *Archivum Historicum Societatis Iesu* 24 (1955), p. 365.

⁴⁵ Padre José Hidalgo al padre visitador general José de Utrera, San Felipe el Real, 28 de octubre de 1754, WBS, núm. 66, p. 301-302.

A esto habría que agregar que grandes partes del noroeste novohispano fueron castigadas, especialmente en el siglo XVIII, por las continuas incursiones de los seris y los apaches, lo que convertía cualquier viaje en una empresa peligrosa, e incluso estando en los pueblos nadie se podía sentir seguro.⁴⁶ Cuando Benito Crespo, obispo de Durango, visitaba Nuevo México, le atacaron los apaches, espantaron a sus caballos y cinco flechas de las tiradas atravesaron la volante, por fortuna sin herir a nadie.⁴⁷ Muy al principio de su trabajo como misionero entre los tarahumaras, el padre Bartolomé Braun corrió igual suerte, cuando fue atacado por los apaches en los alrededores de su misión de Teméichic, quedando mal herido uno de sus sirvientes.⁴⁸ En Sonora, a partir de los últimos años del siglo XVII, esta guerra cobraba vidas todos los días, principalmente entre los indios de las misiones, pero ningún jesuita fue víctima. Sólo el padre Manuel Albarrán murió “de un susto que le dieron los apaches”, cuando le atacaron y mataron a unos soldados que lo escoltaban.⁴⁹

Más peligrosos para los misioneros resultaron ser los indios neófitos, “a los cuales”, escribió el padre Juan Nentuiq en 1764 a Europa, “el misionero no debe temer menos que aquéllos a los apaches, sus enemigos”.⁵⁰ A los indios se les imponía el programa misional, por lo menos en parte, contra su voluntad, y la confrontación que resultó de esto seguía existiendo de manera soterrada por décadas, bajo una superficie de aparente tranquilidad. Además, los colonos españoles realizaban frecuentes intentos por anular o disminuir los privilegios de los indios de misión, los que obstaculizaban su libre explotación, maniobras que impedían la conciliación de los indígenas con el nuevo orden social. De vez en cuando bastaba una chispa para convertir el conflicto tácito en una ola de violencia abierta. En algunas ocasiones los padres perdieron la vida en ella, en otras pudieron salvarse huyendo en forma precipitada.

En este contexto se dieron, por ejemplo, los sucesos de no-

⁴⁶ Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las mas bárbaras y fieras del Nuevo Orbe (1645)*, México, 1944, vol. 2, p. 85. Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 40. Padre Glandorff al padre rector Luis Téllez Girón, Tomóchic, 29 de abril de 1751, AHPMCJ, núm. 1625.

⁴⁷ Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 40.

⁴⁸ Padre Glandorff al padre rector Luis Téllez Girón, Tomóchic, 29 de abril de 1751, AHPMCJ, núm. 1625.

⁴⁹ P. Alexander Rapicani al padre procurador José Hidalgo, Batuc, 12 de abril de 1766, AHPMCJ, núm. 1645. José Luis Mirafuentes, *Movimientos de resistencia y rebelión indígena*

viembre de 1751 en las misiones de la Pimería Alta. En Caborca, los indios mataron al padre Tomás Tello, de noche y en su casa. En la pared de su cuarto se encontró después la huella de su mano ensangrentada, con la cual intentaba apoyarse ya moribundo. El padre Enrique Ruhen, en Sonoita, pareció haber logrado escaparse por la ventana, pero estando afuera los rebeldes le dieron alcance. En Sáríc, el padre Juan Nentuig recibió una advertencia en el último minuto. En plena noche huyó a Tubutama, donde residía el padre Jacobo Sedelmayr, pero los pimas le siguieron la pista. Durante tres días los indios atacaron la misión, defendida sólo por unos cuantos españoles. Al final, los pimas incendiaron los edificios, reduciéndolos a escombros. Nadie salió ileso de esta contienda y el padre Sedelmayr recibió tres flechazos. Atrincherados en las humeantes ruinas, los defensores decidieron aprovechar la noche para intentar escaparse al campo minero de Santa Ana. Los heridos que no podían andar fueron abandonados, después de haberseles administrado los sacramentos. Los indios los ultimaron al día siguiente. Los otros lograron pasar a hurtadillas por entre sus sitiadores y llegar a Santa Ana. Sólo el padre Nentuig extravió a sus compañeros en la oscuridad. Cuando amaneció, alcanzó a esconderse en un charco y, con el agua hasta el cuello, se quedó sumergido todo el día. En la noche salió todo aterido de frío y se puso a buscar el camino a Santa Ana. Para que los pimas no reconocieran sus huellas, se quitó los zapatos y sólo después de tres días le encontraron unos españoles con los pies completamente lastimados por las piedras y espinas del desierto.⁵¹ Pasado el tiempo y restablecido el orden, el padre Ignacio Pfefferkorn fue a Sonoita y tuvo la suerte de “dar entierro decoroso después de seis años a los huesos y al cráneo todavía sangriento” del padre Ruhen.⁵²

1.7. *El demonio*

En todo esto, los jesuitas no sólo temían una agresión física de sus neófitos, sino que muchos estaban convencidos de la existencia de

en el norte de México (1680-1821), vol. 2, México, 1993, p. 22.

⁵⁰ Extracto de cuatro cartas del padre Juan Nentuig, 1750-1754, *Welt-Bott*, vol. 5, parte 38, núm. 754, p. 45. Sobre los miedos frente a los pimas, véase: padre Philipp Segesser al padre procurador José Ferrer, Tecoripa, 23 de mayo de 1737, AHH, leg. 2017, exp. 3.

⁵¹ P. Antonio María Benz a sus padres, Cumuripa, 31 de mayo de 1752, Dunne-Burrus, *Letters*, p. 373; AGI, *Guadalajara* 419A, *passim*, especialmente f. 16v, 19r; padre Sedelmayr al gobernador Diego Ortiz Parrilla, Real de Santa Ana, 27 de noviembre de 1751, y f. 30r-30v:

poderes oscuros que los indios malévolos podían usar contra la religión cristiana y sus sacerdotes. El contacto del indígena, especialmente de los hechiceros, con el demonio estaba fuera de duda para muchos jesuitas. El padre Alejandro Rapicani afirmó que las dos terceras partes de los pimas eran hechiceros, quienes sabían ocasionar “con su brujería diabólica daño sensible”. Informó cómo el padre Juan Bautista Gratzhoffer fue víctima de los brujos: “Los pimas ingratos le pagaron mal sus esmeros, ejecutándole miserablemente mediante sus artes mágicas de brujería, todavía en el primer año de su apostolado”.⁵³ Otros padres guardaban las mismas convicciones. “Al principio”, le escribió el padre Felipe Segesser a su hermano, “no he creído en eso, hasta que yo mismo he visto y oído como estos malvados, cuando quieren dañar a alguien, le soplan el veneno, que el enemigo infernal les vacía en el cuerpo, con una caña de pluma a la boca, quitándole en poco tiempo y con dolores extraordinarios la vida. Después de tales experiencias me volví más cauteloso en el trato con los indios”.⁵⁴ Y todavía muchos años después apuntó el padre Mateo Steffel, que había regresado a Moravia como consecuencia de la expulsión de los jesuitas en 1767, en su *Diccionario Tarahumara*: “Lo que siempre hombres eruditos, así como pedantes y desatinados, piensen y escriban sobre la brujería, lo dejó en tela de juicio. (...) Yo allí he hecho diversas experiencias al respecto”.⁵⁵ Es verdad que tampoco faltaban padres que consideraban a los hechiceros tan sólo bribones.⁵⁶ Otros habrán compartido la opinión del erudito padre Feijoo, autor muy leído por los jesuitas, quien en la lejana España concluyó un detallado discurso sobre el tema con el siguiente dictamen: “(...) en lo que todos debemos convenir es que hubo, y hay Hechiceros, pero poquísimos; y aun esos con poder muy limitados”.⁵⁷ Pero esto, en las

padre Gaspar Stiger al padre visitador Felipe Segesser, San Ignacio, 27 de noviembre de 1751. Una versión posterior y más heroica de esta huida se encuentra en: Noticias de las conquistas espirituales y trabajos de las misiones de la América Septemprional e Imperio de México, BNC Roma, Mss. Gesuitico 1472/2, f. 26v-27r.

⁵² Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 1, p. 22.

⁵³ P. Alejandro Rapicani al padre provincial, Guévavi, 8 de octubre de 1738, *Welt-Bott*, vol. 5, parte 38, núm. 745, p. 8-12.

⁵⁴ Segesser (ed.), *Berichte des P. Philipp Segesser*, p. 42-43. Véase por ejemplo también: padre Gerónimo de Figueroa, Puntos de annua (...) desde el año de 1652 hasta este de 1662, Partido de San Pablo de la misión de tarahumaras y tepehuanes, s.f. [1662], AGN, J e s u i t a s , III-15.

⁵⁵ Matthäus Steffel S.J., “Tarahumarisches Wörterbuch, nebst einigen Nachrichten von den Sitten und Gebräuchen der Tarahumaren, in Neu-Biscaya, in der Audiencia Guadalaxara im Vice-Königreiche Alt-Mexico, oder Neu-Spanien”, en Murr (ed.), *Nachrichten*

misiones, no bastaba para sentirse seguro del todo.

Para el padre Carlos de Roxas, el saber sobre los manejos ocultos del demonio y sus aliados, los hechiceros, parece haberse vuelto una verdadera obsesión. Sobre la muerte del padre Marcos de Loyola escribió: “(...) sus males no eran enfermedad natural, sino causada del común enemigo; el Demonio, viéndose vencido de tan valeroso soldado, se valió de un hechicero, que enhechizó al Padre, habiéndole lastimado las narices, de donde, con admiración de todos, echaba el Padre unos gusanos peludos, que le comieron las narices y le redujeron a tan lamentable estado que murió en la misión de Aconchi; pues descubiertas las marañas del hechicero en Teuricachi, (...) se hallaron en una cueva por su confesión varios hechizos, entre ellos el del padre Marcos, en un muñeco vestido de jesuita con una espina atravesada en la nariz. Ya que el común enemigo en estas tierras(...) se vale de sus Nerones, los hechiceros, para que, muriendo inocentes ovejas víctimas de la caridad y de la fe, muchos padres misioneros logren el oculto martirio, sólo aceptable a los ojos de Dios que conoce el modo y fin por qué mueren”.⁵⁸ De tal manera, la muerte solitaria de los padres, que con frecuencia sucumbieron por enfermedades súbitas e inexplicables, por lo menos encontró una explicación positiva, al atribuirse a los fallecidos el honor del martirio.

1.8. *Las ilusiones frustradas*

Algunos de los misioneros parecen haber llegado a las misiones con ideas completamente equivocadas, lo que dificultaba una sólida adaptación. Es interesante observar que, por lo menos, algunos de los jesuitas mexicanos compartían el prejuicio de la riqueza de las misiones que fomentaban los críticos de la Compañía de Jesús. Así, esperaban tener una vida lucrativa en la frontera. Véase por ejemplo la declaración del padre Joaquín Trujillo, personaje muy controvertido: “Pedí misiones por muchas veces, siendo el motivo único principal (...) el tener algún modo de socorrer a mi pobre madre y desgraciados hermanos, que con la muerte de los míos han quedado en grande desamparo. Este fin no he conseguido porque no

von verschiedenen Ländern, vol. 1, p. 347-348.

⁵⁶ Baegert, *Nachrichten*, p. 165-166.

⁵⁷ Benito Gerónimo Feijoo y Montenegro, *Cartas eruditas, y curiosas, en que por la mayor parte, se continúa el designio del Theatro Crítico Universal. Impugnando, ó reduciendo á dudosas, varias opiniones comunes*, vol. 3, Madrid, reimpr. 1774, p. 156-164 (compárese también *ibid.*,

ha sido la voluntad de Dios”.⁵⁹ Más grande era entonces la decepción cuando se descubría la cruda verdad, desengaño que expresa el padre Luis Javier Martín así: “¡Oh, mi Padre! ¿Adónde hemos venido a dar? Esto, sin duda, es la mismísima cola del mundo”.⁶⁰ Otros parecen haber soñado con una vida tranquila al servicio de Dios, alejados del barullo del mundo laico, pero la realidad también fue otra para ellos, como confesó el padre Felipe Segesser a su hermano en Suiza: “(...) he abandonado la casa paterna y me he ordenado de sacerdote principalmente porque veía que los negocios de la casa y del campo no estaban hechos para mí, pero encontré en esta misión mucho más de tal inquietud de la que hubiera tenido jamás en mi patria”.⁶¹

El error más común entre los padres, sin embargo, era probablemente que sobrestimaban por completo la voluntad de los indígenas para aceptar las nuevas verdades de los europeos. Los indios no eran niños ni idiotas fácilmente moldeables⁶² como se imaginaba a distancia, sino que eran, por el contrario, gente terca con ideas propias sobre el rumbo de las cosas, cuya reducida disposición a cooperar a veces desesperaba a los padres y los llenaba de amarga resignación.⁶³ Es cierto que los jesuitas, los expertos más grandes de su tiempo en convertir, convencer o manipular gente, ejercieron una fuerte influencia sobre las culturas del noroeste novohispano. No obstante, los indios transformaban c o m p l e t a m e n t e muchos de lo que tomaban de sus misioneros, otro tanto quedaba sólo en correcciones superficiales del alma pagana, y el resto

p. 169-187).

⁵⁸ Relación del padre Carlos de Roxas, Arispe, 28 de julio de 1744, BLB, M-M 1716.

⁵⁹ Padre Joaquín Trujillo al padre provincial Francisco Zevallos, Yepáchic, 17 de enero de 1765, WBS, núm. 66, p. 109.

⁶⁰ Padre Luis Javier Martín al padre procurador José Hidalgo, San Andrés de Chínipas, 19 de noviembre de 1762, AGN, *Temporalidades Indiferente* 21.

⁶¹ Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 67.

⁶² “(...) India (...) cum suis barbaris idiotis”; padre Adán Gilg al padre general Gian Paolo Oliva, s.l. s.f. [1675], ARSI, F.G. 755, núm. 121.

⁶³ “¡Oh! Cuántas veces me he visto con los adobes y lodo en las manos, por hacerlo yo más bien personalmente que no lidiar con tal gente”. Respuesta del padre Alejandro Rapicani a una carta circular del padre visitador Carlos de Roxas, Batuc, 7 de agosto de 1749, AHH, *México* 278, exp. 17, f. 6v-7r.

⁶⁴ Padre José Neumann al padre Francisco Stowasser, Sisoguíchic 29 de julio de 1686, *Welt-Bott*, vol. 1, parte 1, núm. 32, p. 103. Padre Juan Jacobo Baegert al padre George Baegert, San Luis Gonzaga, 11 de septiembre de 1752, Doyce B. Numis Jr. -Elsbeth Schulz-Bischof (eds.), *The Letters of Jacobo Baegert, 1749-1761. Jesuit Missionary in Baja California*, Los

fue rechazado del todo. Esta experiencia producía en muchos padres profundas dudas sobre el sentido de su trabajo y, como consecuencia, ni siquiera podían consolarse con el éxito profesional en su difícil situación. Ya el padre José Neumann comentó en 1686 la frustración de los 14 misioneros en la Sierra Tarahumara, quienes, a excepción de dos, habían pedido su traslado a otra zona. Habían llegado a la conclusión que las almas de los indios podían ser salvadas de ir al infierno sólo en casos muy excepcionales. Más tarde, en Baja California, el padre Baegert declaró a toda opinión distinta una ilusión romántica.⁶⁴

1.9. *La falta de comunicación*

Uno de los problemas fundamentales de los padres era sin duda el aislamiento que sufrían en sus retirados lugares de trabajo. Al partir a las misiones, los clérigos se separaron tanto de sus familias como de su comunidad religiosa, en la que habían vivido durante sus años de formación. Al mismo tiempo, dejaban atrás el área de su cultura hasta ese momento habitual. Esto pesaba doblemente en el caso de los jesuitas extranjeros, pues para ellos el traslado de Alemania, Flandes o Italia a España ya había significado un primer desajuste, y un segundo, mucho más profundo por cierto, vino con la partida a la tierra de indios. Una situación de curioso extrañamiento podía ocurrirle también a un jesuita español si en su distrito misional vivía entre misioneros de otras naciones, los que tampoco pertenecían a su entorno cultural acostumbrado, que no podían sustituir a los viejos amigos que había dejado atrás. De esta manera se lamentaba el padre Pedro José Cuervo sobre la soledad en su misión: “Los misioneros ven sólo por sí y, hasta la presente, sólo Esteffel [= Steffel] e Hitl [= Hüttl] me han visitado, son al fin alemanes, no me hace fuerza (...)”.⁶⁵

El problema de la comunicación se acentuaba con las dificultades lingüísticas de los padres. Para los jesuitas extranjeros, el

Angeles 1982 (Baja California Travels Series, 45), p. 157. Véase también: padre Adán Gil al padre rector del colegio de Brno, Pópulo, febrero 1692, *Welt-Bott*, vol. 1, parte 2, núm. 53, p. 78-79. Véase también: “Misiones quiere decir (como están) deshonor de la Compañía, pérdida de sujetos, escándalo de seculares y envidia de los señores clérigos (...) éste es un perdedero de tiempo”, padre Joaquín Trujillo al padre provincial Francisco Zevallos, Yepáchic, 5 de agosto de 1763, WBS, núm. 66, p. 98.

⁶⁵ Padre Cuervo al padre Benito González Patiño, Nonoava, 25 de septiembre de 1766;

traslado a las misiones hacía necesaria una doble adaptación. Primeramente era preciso hispanizarse en la medida de lo posible para facilitar la integración con los colegas hispanos.⁶⁶ Los misioneros, sin excepción, parecen haber hablado bien español, pero en algunos casos conservaban cierta inseguridad. Incluso un veterano entre los misioneros, el silesio Juan Nentuig, después de 15 años de trabajo en Sonora, terminó una carta cotidiana al procurador en la ciudad de México con excusas por su complicada redacción, rogando que no se malinterpretara ninguna de sus frases como malintencionadas, porque estas nacían únicamente de su torpeza en el uso del castellano.⁶⁷

En las misiones era imprescindible para todos, fueran españoles, criollos o extranjeros, aprender las lenguas indígenas, si se quería llevar a cabo con eficiencia la labor misionera.⁶⁸ Esto no resultaba fácil para todos. Diccionarios o gramáticas servían como apoyo, pero para la mayoría de los idiomas indígenas no se disponía de tales auxiliares, aunque algunos padres invertían muchos esfuerzos en su redacción.⁶⁹ No fueron pocos los padres que nunca aprendieron bien la lengua de sus indios, algunos llegaron a saber redactar por escrito el sermón, el que leían en misa, pero se hubiera exigido demasiado pidiéndoles que lo pronunciasen sin tener a la vista un texto. Más difícil era atender la confesión de los neófitos.⁷⁰ La gran heterogeneidad lingüística de las provincias misioneras jesuitas, así como los continuos traslados de los misioneros de una misión a otra, agravaban este problema. Por ejemplo, el padre José Luis Falcumbeli se quejó, desde su nueva misión de Moris, que entre el pima que allí se hablaba y el pima que él conocía de otras partes había una diferencia tan grande como entre el español y el francés; y, por sí fuera poco todavía, vivían 50 familias tarahumaras en Moris, que hablaban su propio idioma.⁷¹ En 1746, el padre Alejandro Rapicani se negó rotundamente a aprender un

AHH, leg. 325, exp. 7.

⁶⁶ Padre Adán Kaller al padre Juan Ulke, México, 8 de marzo 1688, en *Welt-Bott*, vol. 1, parte 2 (1728), núm. 52, p. 72-75, especialmente p. 73; Kaller opinaba que el conocimiento de latín no facilitaba de ninguna manera la integración con los españoles, pero una vez que se hablaba castellano, se era aceptado por entero.

⁶⁷ Padre Nentuig al padre procurador José Hidalgo, Guázabas, 14 de febrero de 1766, AHPMCJ, núm. 1632.

⁶⁸ Pérez de Ribas, *Historia*, vol. 1, p. 143-145.

⁶⁹ Véase por ejemplo: "(...) esta doctrina la traduje yo mismo en su lengua [= pima]"⁴. Respuesta del padre Alejandro Rapicani a una carta circular del padre visitador Carlos de Roxas, Batuc, 7 de agosto de 1749, AHH, *México* 278, exp. 17, f. 6v-7r.

⁷⁰ Informe del padre Manuel Aguirre al padre provincial Francisco Zevallos, Bacadeguachi, 18 de febrero de 1764, AHH, leg. 17 exp. 22.

nuevo idioma, cuando se le quiso trasladar de Batuc a otra misión, después de haber trabajado ya con seris, pimas, eudeves y ópatas.⁷² La misma actitud tomó en otra ocasión el padre Juan Nepomuceno Planck: “(...) con mudar a un sujeto a cada paso de lengua en lengua es imposible aprenderla; (...) espero que Vuestra Reverencia me haga caridad de componer la cosas con el provincial para que me quede en esta provincia de Sinaloa, aunque sea en la misión más desdichada, sólo que sea de la misma lengua”.⁷³

Aun hablando la lengua de los indígenas con los que se convivía, la comunicación quedaba a un nivel precario. Lejos de los centros de cultura occidental, los jesuitas, todos hombres de formación universitaria, apenas encontraban interlocutor con quien entablar una conversación a su altura y de confianza.⁷⁴ Con los indios no solían poder establecer un trato personal. El desdén de los misioneros hacia las culturas indígenas, por un lado, y la desconfianza de los neófitos frente a todos los representantes del sistema colonial, por el otro lado, fueron obstáculos simplemente insalvables, a pesar de la veneración espiritual que los padres sin duda gozaban y el amor paterno que sentían muchos de ellos hacia sus protegidos. En pocas palabras, el abismo cultural entre el mundo europeo y el mundo indígena y la diferencia del rango social entre las dos partes resultaban casi insuperables. De esta manera, los indígenas fueron siempre seres extraños a los misioneros, como lo expresó, por ejemplo, el padre Rapicani: “Yo no acabo de conocer a los indios, ni puedo afirmar con certidumbre que ellos verdaderamente creen”.⁷⁵

1.10. *La soledad y la depresión*

Las condiciones naturales, las enfermedades o las presiones del celibato podían convertir el aislamiento de los padres en un profun-

⁷¹ Padre Falcumbelli al padre provincial Francisco Antonio de Oviedo, Yécora, 4 de mayo de 1736, WBS, núm. 66, p. 233-234.

⁷² Padre Rapicani al padre provincial Cristóbal de Escobar y Llamas, Batuc, 6 de junio de 1746, AHH, leg. 278 exp. 17, f. 31r. Véase también: padre Rapicani al padre provincial Escobar y Llamas, Baseraca, 31 de diciembre de 1744, *ibid.*, f. 29r.

⁷³ Padre Planck al padre visitador general Ignacio Lizasoáin, Cócorim, 6 de abril de 1764, AHH, leg. 1164, caja 2.

⁷⁴ “Causa admiración como un hombre criado y habituado a vivir entre gente civil y docta, criado en régula y dotado de un genio dulce, apacible y señorial, pasase su vida gustoso entre semifieras, sin más mantemiento que el maíz y tasajo, sin más bebida que el

do sentimiento de abandono y soledad. Cuantiosos documentos nos permiten enterarnos de los problemas y angustias de los padres jesuitas. “Con todo”, recordó el padre Ignacio Pfefferkorn, “nada resultó tan pesado para el misionero como el tener que vivir completamente solo entre una gente tan ruda, tonta y viciosa”.⁷⁶ Atormentado por los continuos achaques y agobiado por la desesperación, el padre José Neve, que tenía sólo unos meses de haber llegado a San Javier del Bac, la misión más retirada de la Pimería Alta, suplicó al padre provincial que le retirase de este lugar por “(...) ser tales la tristeza y melancolía de que tengo poseído el corazón en estas soledades que a veces he estado tal que he temido perder el juicio (...) De estas enfermedades y tristeza es tal la flojedad y tibieza en que me hallo que ni ya tengo oración, apenas tengo examen, y se me pasan los días sin abrir un libro”. Aseguró que estaba dispuesto a irse a la misión más bárbara de Baja California, siempre y cuando tuviera a un compañero consigo.⁷⁷ En un tono parecido está escrita una carta del padre Pedro José Cuervo de Nonoava, en la Tarahumara, que aparentemente había subestimado los pesares de la vida de misioneros: “Ay, icómo suspiro, Benito! No son misiones como a usted se las pintan. Oh, icómo se echan [de] menos los compañeros! (...) aquí sin tener en lo humano a quien volver mis ojos”. Temía que su situación le llevara a la locura o a la muerte.⁷⁸ El padre Javier Pascua, a su vez, se vio tan desmoralizado por las tentaciones que amenazaban el voto de castidad, que en una carta empapada de dudas sobre sí mismo imploró al provincial que le salvase el alma del infierno, sacándole cuanto antes de las misiones.⁷⁹

Si bien las actividades del día distraían de la opresión moral, la soledad, podía volverse insoportable en las noches. Entonces, diferentes animales salían de sus cuevas y escondites, como los mur-

agua y sin tener con quién racionar”. Carta de edificación del padre Emmanuel Kleber, ARSI, *Vitae* 155, f. 291r.

⁷⁵ Respuestas del padre Alejandro Rapicani a una carta circular del padre visitador Carlos de Roxas, Batuc, 7 de agosto de 1749, AHH, *México* 278, exp. 17, f. 6v-7r.

⁷⁶ Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 2, p. 412-413. Compárese también: padre José Neumann al padre Francisco Stowasser, Sisoguichic, 29 de julio de 1686, *Welt-Bott*, v.1, parte 1, núm. 32, p. 103.

⁷⁷ Padre José Neve al padre provincial Francisco Zevallos, San Javier del Bac, 16 de mayo de 1766, AGN, *Jesuitas*, III-14.

⁷⁸ Padre Pedro José Cuervo al padre Benito González Patiño, Nonoava, 25 de septiembre de 1766, AHH, leg. 325, exp. 7.

⁷⁹ Padre Javier Pascua al padre provincial [Salvador de la Gándara], Teopari, 5 de julio de 1766, WBS, núm. 40, p. 143-146.

⁸⁰ Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 1, p. 295.

ciélagos que revoloteaban incluso en el aposento del misionero,⁸⁰ o las dos grandes arañas amarillas que estremecieron al padre Baegert: “(...) las vi sólo en algunas noches correr por mis libros y mi librero, y no me atreví a observarlas más de cerca”.⁸¹ El aullido de los coyotes se convirtió en una canción de cuna familiar.⁸² En el verano, este canto fue superado de vez en cuando por el croar de los sapos, “una verdadera tortura del oído”.⁸³ Por lo demás, el tictac y el dar de las horas del reloj fueron para algunos los únicos compañeros en la oscuridad,⁸⁴ e incluso éste se desvanecía, si el engranaje dejaba de funcionar. Un reloj descompuesto tenía que ser enviado a la ciudad de México y después dependía del padre procurador el tiempo que tardaba en devolverse la oportunidad de marcar el apático avance del tiempo. El padre Antonio Leal, en una de estas ocasiones, le hizo amargos reproches al procurador que parecía no entender lo que significaba sufrir de insomnio en una misión, sin que la campanita le recordase que el tiempo no se había parado del todo: “(...) pues allá hay campanas que se oyen, acá como no las hay es consuelo en estando enfermo oír las, en especial de noche”.⁸⁵ Otro amigo en las largas noches fue, a veces, como en todo el mundo, la botella. El padre Francisco Bernardino Ortiz con frecuencia se echó sus tragos y borracho llenó muchos folios de papeles con cartas confusas, las que se conservan hasta hoy día.⁸⁶

1.11. *La locura*

Varios jesuitas no soportaban la presión en la que vivían y tuvieron que ser retirados de las misiones. Para algunos de ellos, esto llegó demasiado tarde. Como ejemplo especialmente dramático puede servir el padre José Tenorio, que sufrió en 1709, en la Pimería Alta, de un irremediable delirio de persecución, afirmando que los padres

⁸¹ Baegert, *Nachrichten*, p. 70-71.

⁸² *Ibid.*, p. 62-63.

⁸³ Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 1, p. 338.

⁸⁴ “(...) para el alivio de estas soledades y principalmente de las noches, que las paso bien penosas, me ha de hacer Vuestra Reverencia el favor de agenciarme en esa ciudad un reloj de ruedas”, padre Juan de Almonacir al padre Gaspar de los Reyes, Onavas, 4 de mayo de 1706, AHPMCJ, núm. 1169.

⁸⁵ Padre Antonio Leal al padre procurador Juan de Iturberroaga, Güepaca, 15 de junio de 1707, AHPMCJ, núm. 1188

⁸⁶ Véase AGN, *Historia* 333, f. 382r-390r, e *Historia* 392, f. 339r-406r, especialmente la defensa del padre Ortiz: Descargos de los cargos que se me hacen del padre provincial

Eusebio Francisco Kino y Agustín de Campos eran hechiceros que intentaban asesinarle. Como su demencia era evidente, se le encargó al sargento español Francisco de García llevar al padre enfermo a la misión de Mátape, para que allí se le diera tratamiento médico. En el camino hizo crisis la locura del padre Tenorio y convencido que su evacuación formaba parte del complot contra su vida, una noche aprovechó un descuido del sargento para intentar huir y apuñaló a García con su propia daga. Pronto fue apresado por los soldados de la escolta, pero para el sargento ya no había remedio.⁸⁷ Posteriormente, el padre Tenorio siguió viviendo todavía varias décadas retirado y aislado en Mátape. Murió el 24 o 25 de agosto de 1744.⁸⁸ Por este tiempo también se confundió la mente del padre Ignacio de Arceo,⁸⁹ y para finales de 1740 empezó a sentirse perseguido el padre Lorenzo Gutiérrez en la Pimería Alta, como informó el padre visitador Luis María Mancuso: “Días pasados, con grande sentimiento de todos, perdió el juicio el padre Lorenzo Gutiérrez en su iglesia; su temor es que le quieren matar los indios, los españoles y los enemigos invisibles”.⁹⁰ El padre Francisco Javier Keller tuvo que sacarle de su misión para impedir que se suicidara.⁹¹

Comportamientos relativamente frecuentes parecen haber sido la irritabilidad y las agresiones desorbitadas. Si se tienen por ciertas las denuncias del padre Alejandro Rapicani, alguna vez el padre Andrés Javier González se propasó en su iracundia al romper durante la misa el arpa en la cabeza a un indio que la estaba tocando mal; en otras ocasiones se peleó con españoles laicos, revolcándose con ellos en el suelo, por los más mínimos motivos, y con eso no se agotan los ejemplos de su escandaloso comportamiento.⁹² Un

Andrés Javier García, México, 6 de abril de 1751, AGN, *Historia* 333, f. 387r-390r.

⁸⁷ Véase sobre este caso las declaraciones de testigos en AGN, *Historia* 392, f. 39r-49v.

⁸⁸ Padre visitador general Juan Antonio Balthasar al padre provincial Cristóbal de Escobar y Llamas, Chicorato, 28 de diciembre de 1744, AHH, leg. 1126 exp. 3.

⁸⁹ Padre Rapicani al padre provincial Cristóbal de Escobar y Llamas, Baseraca, 31 de diciembre de 1744, AHH, leg. 278 exp. 17, f. 28r-29r. Padre Rapicani al padre provincial Escobar y Llamas, Batuc, 6 de junio de 1746, *ibid.*, f. 31r.

⁹⁰ Padre visitador Luis María Marciani al padre rector Andrés González, Santa Rosalía, 7 de septiembre de 1741, AHPMCJ, núm. 1691.

⁹¹ Padre Keller al padre visitador Marciani, Cucurpe, 18 de octubre de 1741, AHH, leg. 17, exp. 7, véase también el ejemplo del padre Agustín Campos: Peter Masten Dunne S.J., “Captain Anza and the Case of Father Campos”, en *Mid-America* 23 (1941), p. 45-60. Padre José Toral al padre provincial José de Barba, Güepaca, 25 de marzo de 1793, WBS, núm. 1747, p. 25-34.

⁹² Padre Alejandro Rapicani al padre provincial Mateo Ansaldo, Batuco, 16 de noviembre de 1742, AHH, leg. 17 exp. 9. Véase también: padre Luis María Marciani al padre Andrés Ignacio González, Ures, 23 de febrero de 1742, WBS, núm.66, p. 167-180.

⁹³ Padre Joaquín Trujillo al padre provincial Francisco Zevallos, Yepáchic, 5 de agosto

caso especial más fue el padre Joaquín Trujillo, que en sus cartas colmó de salvajes amenazas incluso a sus superiores. Al hacerle llegar al padre visitador José Miqueo algunas críticas, se enojó tanto que comentó en una carta: “(...) a no haberme contenido el temor de Dios, hubiera ido y a patadas y a palos hubiera mil veces matado al padre Miqueo”.⁹³ También los a veces desmesurados azotes que algunos padres aplicaban como castigos a sus indios, pueden considerarse en este contexto, aunque hay que tomar en cuenta que ese tipo de castigos físicos que hoy en día pueden parecer brutales, fueron cosas comunes en el mundo europeo de los siglos XVII y XVIII; por esta razón, la actitud de los jesuitas en ese sentido no debe interpretarse precipitadamente como patológica.⁹⁴

2. LOS ALIVIOS

2.1. *La disciplina*

La severa disciplina a la que la Compañía de Jesús sometía a sus miembros, sin duda, fue un medio eficaz para vencer, por lo menos durante cierto periodo, las dificultades de los padres. El día estaba sujeto a un horario fijo de trabajos y actividades espirituales. Para efectuarlo fielmente, los relojes arriba mencionados representaban una gran ayuda; y en los últimos años de la presencia jesuita en la Nueva España, los despertadores entraron en boga entre los padres.⁹⁵ Un medio usual en esos tiempos para guardar la disciplina fueron las distintas formas de autocastigo, de las que hacía uso, por ejemplo, el famoso padre Kino, sobre quien comentó su amigo, el teniente Juan Mateo Mange: “Una noche a la una hora, casualmente, lo vio uno que se azotaba cruda y descompasadamente”.⁹⁶ Para afrontar los problemas más comu-

de 1763, WBS, núm. 66, p. 93-99. Véase también: padre Joaquín Trujillo al padre Bartolomé Braun, Tutuaca, 6 de abril de 1764, WBS, núm. 66, p. 17-18; y padre Braun al padre Trujillo, Temósachic, 9 de abril de 1764, AHPMCJ, núm. 1602: “(...) procure Vuestra Reverencia no escribirme otra vez con semejantes expresiones”.

⁹⁴ Bernd Hausberger, “La violencia en la conquista espiritual: Las misiones jesuitas de Sonora”, en *Jahrbuch für Staat, Geschichte und Gesellschaft von Lateinamerika* 30 (1993), p. 28-54.

⁹⁵ “Si hay un reloj nuevo de sobremesa con su despertador, ¡oh, cuánto lo agradeciera! Y cuesta lo que costare y si fuera como él del Padre Visitador [Bartolomé Braun], mucho mejor”. Padre Hüttl al padre procurador José Hidalgo, Teméichic, 10 de marzo de 1763, AGN, *Temporalidades Indiferente* 49. Véase también: padre Hüttl al padre Andrés Michel, Sisoguichic, 7 de mayo de 1764, AGN, *Jesuitas*, IV-10 caja 2, exp. 84, f. 116v. Padre Strzanowsky al padre procurador José Hidalgo, Norogáchic, 16 de marzo de 1766, AHH, leg. 325 exp.

nes de los misioneros, que no se consideraban en los estatutos de la orden, se adoptaron nuevas reglas de comportamiento. Un ejemplo sería el modo de afrontar la parcial o total desnudez de los indígenas que para los sacerdotes era cosa no acostumbrada e inquietante. Esta era un tópico tan común entre los jesuitas que a algunos europeos les preocupaba ya desde antes de partir al Nuevo Mundo.⁹⁷ Los misioneros consideraban indecente el contacto con hombres, o peor todavía, mujeres desnudas; por eso, para cuando se hacía inevitable tratar de más cerca a un indio que no se tapaba, adoptaron en Baja California el siguiente principio: “Cualquiera misionero, cualquiera otro sujeto amante de la honestidad, (...) procuraba (...) estar muy sobre sí, para mirarlos hacia el rostro solamente y no bajar por descuido la vista por no ver su desnudez”.⁹⁸ El padre José Och, sin embargo, que trabajaba con los pimas de Sonora, se sentía protegido contra toda tentación por la costumbre de las indias de cubrirse el pecho con tatuajes, que le parecían tan repulsivos que “a ningún hombre puede acosar un pensamiento carnal o impúdico cuando vea a esas criaturas”.⁹⁹

2.2. *La falta de disciplina*

En varios casos se observa, al contrario, que algunos padres vencieron su difícil situación existencial no observando escrupulosamente las reglas de su orden. Por ejemplo, el padre Manuel Domínguez cometió una serie de infracciones en Nayarit. Además, tenía fama de ser muy mujeriego e intentar suerte con todas: “Dicen que con todas las mujeres que llegan a su casa procura hacer su diligencia, por si pega o no pega, que lleva muchas mujeres a su casa y que detiene a las que le hacen el gusto y las que no quieren las echa de casa”.¹⁰⁰ Con este ejemplo se ve que en las misiones se gozaba también de cierta independencia. Hubo jesuitas que, muy al contrario

92.

⁹⁶ Citado según Ernest J. Burrus, S.J., *Kino and Mange. Explorers of Sonora and Arizona*, Roma-Saint Louis 1971, p. 538. (Sources and Studies for the History of the Americas 10)

⁹⁷ Padre Adán Gilg al padre general Gian Paolo Oliva, s.l. s.f. [1675], ARSI, F.G. 755 núm. 121.

⁹⁸ Miguel del Barco, S.J., *Historia natural y crónica de la Antigua California [Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas]*, edición de Miguel León-Portilla, México, 1973, p. 199.

⁹⁹ Och, *Nachrichten*, p. 198.

¹⁰⁰ Padre visitador Bartolomé Wolff al padre provincial Agustín Carta, Santa Teresa, 10 de enero de 1760, WBS, núm. 66, p. 34. Compárese también: José Severino Julado al

a aquéllos que suplicaron se les retirase de la barbaridad, no soporaron nunca más la ordenada vida de los colegios en las ciudades después de haber conocido las misiones, donde se vivía tal vez de modo más solitario, pero también más libre y con menos vigilancia, de suerte que los padres Roque Andonaegui y José Calderón “(...) deseaban volver a las misiones”.¹⁰¹

Pero hay que reconocer que una vida misionera estricta, según las reglas de la orden ni siquiera era siempre realizable. Eso se debía a que la jornada estaba demasiado cargada con tareas profanas relacionadas con la administración política y económica de las misiones.¹⁰² Del hecho de que la fragmentación de sus energías impidiera la concentración necesaria en los objetivos espirituales de la misión, algunos padres tenían plena conciencia, pero no veían forma alguna de cómo salir de tal situación. El padre Alejandro Rapicani lo describió así: “Si nosotros estuviéramos aquí únicamente atendiendo a lo espiritual, no dudo que más se hiciera, pero con esto no comiéramos, si no es por milagro. El misionero en su partido es rector, cura, predicador, catequista, confesor, procurador, administrador de hacienda, labrador ranchero, etcétera, y cuando está enfermo o viejo o cascado, también lo ha de ser, no sólo dentro de su partido, sino fuera, cuando lo llaman a confesión, aunque le fallen las fuerzas”.¹⁰³

2.3. *Fiestas y entretenimientos*

La vida misionera dio también espacio para divertirse. La celebración de las fiestas cristianas con música y cohetes brindaban un poco de diversidad en la monotonía de los días y, probablemente, cierta satisfacción personal, ya que especialmente en este renglón de la nueva religión y cultura también los indígenas tomaban parte con cierto entusiasmo. Igualmente, en estas ocasiones, los padres podían poner en práctica viejas tradiciones de sus lugares de origen. El padre Segesser, por ejemplo, en las Pascuas pintaba huevos rojos, como es costumbre en Europa Central hasta hoy día, “los

padre visitador Wolff, presidio de San Francisco Javier de Valero, 4 de enero de 1760, WBS, núm. 66, p. 327-330; padre Manuel Villalta al padre visitador Wolff, Santísima Trinidad de la Mesa, 4 de enero de 1760, WBS, núm. 66, p. 331.

¹⁰¹ Padre general Ignacio Visconti al padre provincial Juan Antonio Balthasar, Roma, 10 de enero de 1753, Francisco Zambrano, S.J.-José Gutiérrez Casillas, S.J., *Diccionario B i o b l i o g r á f i c o de la Compañía de Jesús en México*, México, 1963-1977, vol. 15, p. 248.

¹⁰² Véase por ejemplo: Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de

cuales ni los pimas ni los españoles los han visto jamás”.¹⁰⁴ En 1756, el mismo Segesser manifestó un sentido del humor muy particular cuando, con los indígenas de Ures, puso en escena un ataque fingido a un grupo de nuevos misioneros que estaban llegando desde la ciudad de México, divirtiéndose mucho con el susto que les causó.¹⁰⁵ Pero esto parece haber constituido un rito de iniciación para los novatos en la frontera, pues una broma similar ya le había jugado el capitán Martínez de Hurdaide al obispo de Guadalajara, Juan del Valle, cuando visitó la provincia de Sinaloa a principios del siglo XVII.¹⁰⁶ Con frecuencia se organizaban corridas de toros y carreras a pie o a caballo, cosas que los misioneros, por un lado, miraban con cierta repugnancia, pero que, por el otro lado, tampoco dejaban de impresionarles.¹⁰⁷ Otro espectáculo que asombra a los misioneros era la habilidad de los indígenas para cazar en la sierra jaguares o pumas con sólo arco y flecha. El padre Pfefferkorn no se privó del gusto de presenciar una cacería de este tipo.¹⁰⁸ Los indios, en cambio, probablemente se sentían lisonjeados viendo que se les respetaba por lo menos en alguna cosa.

2.4. *Las golosinas*

En muchas misiones no faltaban algunos placeres para consolar a los padres. Desde la ciudad de México los jesuitas recibían cada año cantidades considerables de chocolate, vino, especias y tabaco, cosas que en su mayor parte se destinaban para distribuirse entre los indios y los huéspedes y, en el caso del vino, a la celebración de la misa, pero también los padres consumían todo esto con gusto. “Lo que suplico a Vuestra Reverencia sobre todo es el chocolate quemado porque a más de ser mi único vicio, es mi único m a n t e -

1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 68.

¹⁰³ Respuesta del padre Alejandro Rapicani a una carta circular del padre visitador Carlos de Roxas, Batuc, 7 de agosto de 1749, AHH, *México* 278, exp. 17, f. 6v-7r.

¹⁰⁴ Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 49.

¹⁰⁵ Och, *Nachrichten*, p. 72-73.

¹⁰⁶ Pérez de Ribas, *Historia...*, vol. 1, p. 315.

¹⁰⁷ Véase por ejemplo: Och, *Nachrichten*, p. 257-259. Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 2 , p. 87-92.

¹⁰⁸ Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 1, p. 251.

¹⁰⁹ Padre Ildefonso Cuervo al padre procurador José Hidalgo, Sisoguáchic, 13 de abril

nimiento”, escribió el padre Ildefonso Cuervo al procurador,¹⁰⁹ y el padre Juan Bolton notificó: “Recibí mi limosna muy buena y el chocolate lindísimo, que es lo que más he menester en esta edad, donde ya los tasajos de vaca y tortillas aprovechan poco”.¹¹⁰ El padre Segesser escribió a su hermano: “Está bien que al final de la mesa nunca falta la leche. Había pensado que únicamente los suizos toman la leche, pero veo ahora que los españoles en este país la quieren de la misma manera”.¹¹¹ En su misión el padre José Och empezó a producir mantequilla, empresa en la cual ya habían fracasado algunos de sus antecesores a causa del gran calor.¹¹² Hasta el rígido padre Baegert se permitía en la noche una pipa y un vaso de aguardiente y, cuando había, tampoco rehusaba el vino californiano.¹¹³

2.5. *Visitas y amigos*

Tampoco la soledad era absoluta. En muchos pueblos, especialmente en aquellos que estaban situados en las vías principales o cerca de los centros administrativos, había tantos visitantes que podían convertirse en una verdadera plaga para los misioneros, obligados a seguir las reglas de la hospitalidad. Las misiones fueron estación de recreo y centro de atracción para todos los viajeros que atravesaban el noroeste novohispano, tanto para los vagabundos que pedían una limosna como para los funcionarios reales que se dejaban agasajar por el padre. Esto se traducía en exorbitantes gastos en la compra del chocolate, que por costumbre tenía que servirse a las visitas respetables; en 1722, el padre José María Genovese informó que esto costaba en algunas misiones hasta mil pesos al año.¹¹⁴ El padre Felipe Segesser, que en la Pimería Alta apenas había recibido visitas, escribió en 1737 desde su nueva mi-

de 1766, AHH, leg. 325, exp. 92.

¹¹⁰ Padre Juan Bolton al padre procurador Cristóbal de Laris, San Ignacio, 14 de mayo de 1713, AGN, Jesuitas, Y-14 exp. 282, f. 1470r.

¹¹¹ Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte* p. 68-69.

¹¹² Och, *Nachrichten*, p. 224.

¹¹³ Padre Juan Jacobo Baegert al padre Georg Baegert, San Luis Gonzaga, 11 de septiembre de 1752, Nunis Schulz-Bischof, *Letter of Baegert*, p. 153. También: padre Juan Francisco Nortier al padre Víctor Broton, Tutuaca, 30 de marzo de 1767, AHH, leg. 325, exp. 92.

¹¹⁴ Informe de José María Genovese al virrey marqués de Valero, Sonora 1722, Luis González Rodríguez (ed.), *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740. Informes y relaciones misioneras de Luis Xavier Velarde, Giuseppe María Genovese, Daniel Januske, José Agustín de Campos*

sión de Tecoripa: “Aquí sin embargo, puedo afirmar con verdad que durante los tres años de mi estancia no he quedado cinco días sin huéspedes. Cada uno trae un saludo o una carta de un fulano, si bien aquél a veces no sabe nada de eso, y quiere tomar su chocolate”.¹¹⁵ En 1744, Segesser recibió una visita muy especial, cuando su paisano de Lucerna, en Suiza, el padre Juan Antonio Balthasar, llegó como visitador general de las misiones del norte a Ures, la misión de Segesser por aquel entonces. Balthasar permaneció un mes, con lo que hubo suficiente tiempo para desempolvar los recuerdos de la patria.¹¹⁶

Algunos padres sostenían estrechas, incluso amistosas relaciones con los miembros de las élites españolas de sus respectivas zonas de trabajo.¹¹⁷ Si un misionero gozaba de buenas relaciones con sus vecinos laicos, podía ser de provecho, pues los amigos mandaban de vez en cuando pequeños regalos, como por ejemplo un tal Agustín de Riba y Agüero que envió al padre José Roldán “(...) unos puros en insinuación de cariño”.¹¹⁸ El padre Bernardo Middenforff tenía muchas veces huéspedes, con los cuales solía echarse sus tragos. Puesto que su consumo de alcohol, en ocasiones desmesurado, era objeto de chismes, pidió en 1766 que se le retirase de la frontera, lo que le fue negado por falta de sustituto.¹¹⁹ En muchos lugares, sobre todo en las misiones californianas, había apenas posibilidades de entrar en contacto con españoles de alguna formación; allí los misioneros vecinos eran la única posibilidad de comunicación.

2.6. *La naturaleza*

También la exótica naturaleza de las regiones de trabajo ofrecía a algunos misioneros posibilidades de distraerse y divertirse. El padre Baegert, fascinado por la agreste flora de California, un día se puso a contar las espinas a una ramita de un arbusto del desierto. Contó 1 680, lo que tomó de base para calcular que toda la planta tenía más de un millón de espinas.¹²⁰ Un hombre como el padre

y
de Cañas, México, 1977, p. 172. (Serie de Historia Novohispana, 27)

¹¹⁵ Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (de.), *Berichte*, p. 66-67. Véase también: Francisco Xavier de Faria, S.J., *Apologético defensorio y puntual manifiesto*, ed. Gilberto López Alanís, Culiacán, 1981, p. 119-120 (Colección Rescate, 12). Charles W. Polzer, S.J., *Rules and Precepts of the Jesuit Missions of Northwestern New Spain*, Tucson, 1976, p. 100, 103.

Marcos Antonio Kappus manifestó en sus cartas una auténtica alegría por los animales de su zona de trabajo. Con esto pudo adquirir también simpatías entre sus indios, que le solían atrapar colibríes o papagayos de muchos colores y traérselos vivos a su misión. Incluso a las serpientes les tenía cierto cariño, venciendo así los prejuicios en vigor. Escribió: “Que en América se encuentran más y mayores serpientes que en Europa ya es conocido; esto, sin embargo, no puedo dejar sin informar que algunas sólo por su apariencia son horribles, pero de hecho no causan al humano ningún daño (...), unas se hacen tan gordas que un hombre apenas las puede abrazar, y a pesar de esto son tan tratables como gatos o perros; furtivamente entran a las casas, no atacan a humanos ni animales domésticos, agarran, en cambio, ratas y ratones, y son además tan amables, que con frecuencia he observado como jugaban con niños pequeños, sin causarles la más mínima herida, lo que me dio el valor de tomar con mis manos a tal dragón en varias ocasiones, sólo por su peso no lo pude levantar del suelo”.¹²¹ Los españoles llamaban a esta serpiente ‘culebra boba’ y se cuenta que un misionero tenía dos de ellas en su casa, que dormían con él en su cama y le defendían de animales peligrosos que se metían al cuarto.¹²² El padre Ignacio Pfefferkorn se deleitó en las largas noches con los “inimitables colores y ornamentos” de las mariposas que revoloteaban alrededor de su lámpara, llenándose con admiración y agradecimiento por “la increíble existencia del Creador”.¹²³ En otras oportunidades observó a los alacranes y probó si su veneno surtía algún efecto en el cuerpo del mismo animal. Para este propósito, agarró a uno de esos bichos con una pincita y lo colocó por debajo de un vaso puesto boca abajo y lleno de humo de cigarro: “Como el humo del tabaco es insoportable a los animales venenosos, entonces el animal corrió

¹¹⁶ “(...) rinfrescammo le memorie di Lucerna”, padre Juan Antonio Balthasar a Franz Urs Balthasar, México, 19 de mayo de 1749, StA-L, PA 178/384.

¹¹⁷ Relación del padre Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de julio de 1737, Segesser (ed.), *Berichte*, p. 25.

¹¹⁸ Agustín de Riba y Agüero al padre José Roldán, Real de la Santísima Trinidad, 15 de agosto de 1766, WBS, núm. 40, p. 185. Padre Juan Jacobo Baegert al padre Georg Baegert, México, 22 de octubre de 1750, Nunis-Schulz-Bischof, *Letters of Baegert*, p. 105-106.

¹¹⁹ Padre Middendorff al padre rector José Roldán, Movas, 19 de diciembre de 1766, WBS, núm. 40, p. 215, padre Enrique Kürtzel al padre rector Roldán, Ónavas, 26 de septiembre de 1766, *ibid.*, p. 203.

¹²⁰ Baegert, *Nachrichten*, p. 51-52.

¹²¹ Padre Marco Antonio Kappus a su hermano, Mátape, 20 de junio 1699, *Welt-Bott*, vol. 1, parte 2, núm. 56, p. 87.

como enloquecido por todo el interior del vaso y al último se picó a sí mismo con la punta de su cola, que es el recipiente de su veneno, tantas veces en el cuerpo hasta que cayó muerto. De manera similar asesinó a otro alacrán, al que por un buen rato fastidié e irrité con un palito, encima de la mesa”.¹²⁴

Este interés llevaba a algunos padres a emprender auténticas observaciones científicas sobre la fauna y flora de su nueva patria; como el padre Ignacio Tirsch, que en 1762 envió sus apuntes sobre las nubes de chapulines que arrasaban la provincia de Baja California al experimentado padre Miguel del Barco, el que no parece haber compartido del todo este interés.¹²⁵ Los chapulines le impresionaron tanto al padre Tirsch que compuso sobre ellos incluso algunos versos.¹²⁶ También el fuerte del padre Francisco Inama estaba en la zoología y se dedicaba sobre todo al estudio de las víboras. Sometió a investigaciones anatómicas las cabezas y examinó sus dientes venenosos con microscopio. A los reptiles vivos les arrancó los colmillos y picó con ellos a las gallinas para ver si esto surtía el mismo efecto dañino que una mordida real.¹²⁷

2.7. Libros

Leer y escribir abreviaban las horas de ocio, por lo que la compra de libros era una necesidad de primera importancia. Textos religiosos fueron los que en mayor número se adquirían, pero también gustaban los tratados históricos. Muchos padres enviaban a la ciudad de

¹²² Pfefferkorn, *Beschreibung*, vol. 1, p. 324.

¹²³ *Ibid.*, vol. 1, p. 382-383.

¹²⁴ *Ibid.*, vol. 1, p. 332.

¹²⁵ Padre Tirsch al padre Miguel del Barco, Santiago, 16 de junio de 1762, Miguel León-Portilla, “Las pinturas del bohemio Ignaz Tirsch sobre México y California en el siglo XVIII”, en *Estudios de Historia Novohispana* 5 (1974), p. 93-95. Padre Miguel del Barco al padre procurador Ignacio Lizasoáin, San Javier, 25 de octubre de 1764, Del Barco, *Historia...*, p. 431-432.

¹²⁶ Baegert, *Nachrichten*, p. 74. Véase, además, una noticia del padre Tirsch sobre San Borja, la misión del padre Wenceslao Linck: “(...) donde hay tantas piedras y tanta langosta o chapulín, cuantas vix [sic] son creíbles”. Padre Tirsch al padre Andreas Michel, Santiago, 1 de marzo de 1766, AHH, leg. 333 exp. 9.

¹²⁷ Extracto de una carta del padre Francisco Inama, misionero de la California, escrita a otro misionero de la misma, sobre víboras, s.l. s.f., en Del Barco, *Historia...*, p. 25-32. Véase también: Baegert, *Nachrichten*, p. 67.

¹²⁸ Padre Bernardo Middendorff al padre procurador José Hidalgo, Movas, 25 de agosto de 1764, AGN, *Temporalidades Indiferente* 40. Véanse también sus ‘memorias’ en AHH, leg. 312, exp. 11 y 12. Padre Francisco Slezac al padre procurador José Hidalgo, Batopilas, 16 de abril de 1765, AGN, *Temporalidades Indiferente* 40. Padre Felipe Segesser al padre

México listas de títulos que querían se les mandaran.¹²⁸ El padre Miguel Gerstner pidió que se le enviara un atlas o alguna obra histórica, “(...) que me sirva de honesta diversión en este retiro y soledad”.¹²⁹ En Baja California, el padre Baegert tenía en su misión 78 libros, entre ellos 46 en francés, para sus ratos libres. A pesar de esto, lamentaba vivir lejos de cualquier biblioteca, dado que el precio de los libros era extremadamente alto en México. Por esta razón, para gozar de más lecturas, permitió que su familia le enviara libros directamente de Europa. Desafortunadamente estos tardaban años en llegar.¹³⁰ Otros misioneros tenían mejor suerte, por ejemplo el padre Segesser que al llegar a Ures encontró una biblioteca de más de 200 volúmenes, entre los cuales se hallaban, además de obras de literatura edificante, biografías de santos y tratados teológicos, ediciones de autores clásicos como Cicerón o Virgilio, las obras de Calderón, una edición en tres tomos de los *Poemas de Juana Inés de la Cruz* y el *Florilegio Medicinal* del padre Juan Esteyneffer.¹³¹ La lectura no solamente servía de diversión y edificación, sino también para prepararse para el trabajo como misionero. De tal manera, obras sobre las regiones evangelizadas, como por ejemplo la historia del padre Andrés Pérez de Ribas sobre los inicios de la misión jesuítica en el noroeste novohispano, se estudiaban con especial esmero.¹³² Muchos eran los libros que circulaban entre los misioneros, que de esta manera se apoyaban entre sí para mejorar la situación.¹³³

2.8. *Las noticias*

Sobre todo durante los últimos años de la estancia de los jesuitas en

provincial Juan Antonio de Oviedo, Tecoripa, 15 de julio de 1739, AHH, leg. 7, exp. 20. Memoria de lo que pide el padre Jorge Fraideneegg para el año de 1766, AHH, leg. 2009, caja 2, exp. 68.

¹²⁹ Padre Gerstner al padre procurador José Hidalgo, Sáric, 12 de octubre de 1766, AHPMCJ, núm. 1621.

¹³⁰ Padre Juan Jacobo Baegert al padre Georg Baegert, México, 22 de octubre de 1750, San Luis Gonzaga, 11 de septiembre de 1752, 7 de octubre de 1755, 23 de septiembre de 1757, Nunis-Schulz-Bischof, *Letters of Baegert*, p. 103, 110-111, 160, 189, 191.

¹³¹ “Entrega que hace el padre Felipe Segesser (...) de los bienes y alhajas de esta misión de San Miguel de Ures, 10 de diembre de 1743 - 12 de marzo de 1744”, WBS, núm. 1744, p. 187-192. Para inventarios detallados de los libros de las misiones californianas, véase: Mathes, “Oasis culturales”, p. 369-442. Inventarios de las misiones tarahumaras y tepehuanes en: AGN, *Historia* 286, f. 32r-72v, 311r-339r.

¹³² Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*, Madrid, 1645. Citado por ejemplo por el padre Juan María Ratkay, *Relatio Tarahumarum missionum eisque Tarahumarae nationis terraeque descriptio*, Caríchic, 20 de marzo, 1683, ARSI, *México* 17, f. 501v.

América, mercurios y gacetas con noticias sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo, enviados de la ciudad de México al norte, gozaban de una gran estimación. Aunque llegaron con demora, fueron leídos con mucho interés.¹³⁴ Con frecuencia jesuitas amigos en la capital colonial servían como intermediarios de estas noticias. Por ejemplo, el padre Manuel José Colazo hizo llegar al padre Juan Francisco Nortier un resumen de los últimos acontecimientos en el mundo, en el que comentaba las alianzas entre los poderes europeos y la política de Pitt, explicaba los cambios en la jefatura del ejército austríaco después de la muerte del mariscal Daun y discutía los esfuerzos del visitador José de Gálvez para aumentar los ingresos de la corona en México; además, informaba sobre las inquietudes políticas internas en Francia y anexó una lista de los miembros de la Compañía de Jesús que habían muerto durante el último año.¹³⁵ Entre los misioneros siempre se organizaba la circulación de tales informaciones, en lo que tomaban parte también los laicos interesados.¹³⁶ El padre Watzek, por ejemplo, escribió al padre rector José Roldán sobre los últimos acontecimientos en Polonia, noticias que él, a la vez, había recibido del padre Steb desde la Tarahumara.¹³⁷ El gobernador de Sonora informó al curioso padre Michel de la muerte de madame Pompadour, y el capitán Lorenzo Cancio escribió al padre José Lorenzo García sobre las rebeliones populares de Madrid en 1766.¹³⁸ Sobre muchos acontecimientos, las noticias que llegaban al noroeste no estaban verificadas y había que resignarse entonces con los rumores, cuyo grado de credibilidad daba pie a animadas discusiones. Por ejemplo, durante la guerra de los Siete Años, se murmuró en Sonora que los ejércitos españoles habían conquistado Londres después de una gran victoria naval. Como sabemos, era un chisme completamente infundado pues en lugar de que los españoles estuvieran posesionados en Londres, eran los ingleses los

¹³³ Padre Antonio María Benz al padre Andrés Michel, Caborca, 15 de octubre de 1764, AHH, leg. 333, exp. Padre José Watzek al padre rector José Roldán, Onapa, 17 de agosto de 1766, WBS, núm. 66, p. 271. Padre Watzek al padre Roldán, Onapa, 19 de septiembre de 1766, WBS, núm. 66, p. 275-276.

¹³⁴ "(...) aunque ya antiguos, me sirven de mucha diversión en estas soledades". Padre Hermann Glandorff al padre Luis Téllez Girón, Tomóchic, 7 de agosto de 1749, AHPMCJ, núm. 807.

¹³⁵ Padre Manuel José Colazo al padre Juan Francisco Nortier, Tepotzotlán, 12 de junio de 1767, AGN, *Temporalidades Indiferente* 38.

¹³⁶ Véase por ejemplo: "Agradezco las noticias y compendio de las novedades de Europa y de México, que nos sirven de diversión en estas soledades y congojas entre estos indios bravos y guerreros". Joaquín Rojas al hermano José Göbel, s. l., 28 de octubre de 1760, BLL, Add. 13986, f. 296r.

¹³⁷ Padre José Watzek al padre rector José Roldán, Onapa, 24 de septiembre de 1766,

que se hallaban en La Habana y en Manila.¹³⁹ Por otro lado, en el centro de la colonia tampoco se enteraban con puntualidad de los que estaba pasando en las misiones, de tal suerte que de nuevo surgían rumores no verificados, como por ejemplo sobre el fallecimiento del padre Gaspar Stiger en Sonora. “Ya me tenían en México por muerto, aunque todavía bebo chocolate”, comentó el difunto.¹⁴⁰

2.9. *El carteo*

Aparte de materiales de lectura, los jesuitas solicitaban también papel desde México. Lo necesitaban tanto para llevar la contaduría y los registros parroquiales de las misiones como para su amplia correspondencia. Las cartas constituían un medio importante para escapar del aislamiento y por consiguiente se escribían en grandes cantidades.¹⁴¹ Muy numerosas son las cartas entre los colegas misioneros de una provincia; además, se daba el carteo con jesuitas de diferentes partes del mundo. El padre Kappus sostuvo por varios años correspondencia con dos amigos en China,¹⁴² el padre Fernando Consag, misionero en California, recibió correo

WBS, núm. 66, p. 277-278. Véase también: padre Francisco Antonio de Pimentel al padre rector Felipe Segesser, Tecoripa, 31 de marzo de 1749, AHH, leg. 333 exp. 9. Padre Juan Javier Bischoff al hermano José Göbel, La Purísima, 11 de octubre de 1759, BLL, Add. 13986, núm. 28, f. 304r. Padre Jacobo Sedelmayer al padre Andrés Michel, s.l. s.f., AGN, *Jesuitas*, IV-10 exp. 241, f. 326r. Padre Enrique Kürtzel al padre rector José Roldán, Onavas 26 de septiembre de 1766, WBS, núm. 42, p. 203-204.

¹³⁸ Padre Andrés Michel al gobernador Juan Claudio de Pineda, s.l. [Ures], s.f., AGN, *Jesuitas*, IV-10 caja 1 exp. 239, f. 324v. Capitán Lorenzo Cancio al padre José Lorenzo García, San Carlos de Buenavista, 9 de agosto de 1766, BLB, M-M-1716.

¹³⁹ Padre Alejandro Rapicani al padre procurador José Hidalgo, Batuc, 29 de marzo de 1763, AHH, leg. 323, exp. 3.

¹⁴⁰ Padre Gaspar Stiger al padre rector Juan Antonio Balthasar, San Ignacio, 10 de enero de 1757, AHPMCJ, Nr. 992.

¹⁴¹ Pérez de Ribas, *Historia...*, vol. 1, p. 224.

¹⁴² “Si vuestra Reverencia tuvo noticia en que estado se halla la Christianidad de la Gran China, estimaré muy mucho me la comunique Vuestra Reverencia porque ya tres años que no recibo carta de mis corresponsables el padre Pedro van Hame y padre Engelberto Fridelli, quizás habrán muerto”. Padre Kappus al padre procurador general Juan de San Martín, Bacanora, 24 de enero de 1716, AHPMCJ, núm. 1715. Véase también: padre Pedro van Hame al padre procurador, “Imperio de China”, 13 de enero de 1713, AHH, leg. 323, exp. 7.

¹⁴³ *Excerpta quadam e litteris P. Ignatii Gassner hispano idiomate scriptis, atque ex insulis P h i l i p p i n i s ad P. Ferdinando datis*, Filipinas, 16 de mayo de 1758, AHH, leg. 1998, exp. 29.

¹⁴⁴ Padre Bernardo Recio al padre Ignacio Lizasoáin, Guayaquil, 10 de enero de 1752, AHINAH, México, Fondo Jesuita, Carpeta XIII, Documento 20.

de las Filipinas,¹⁴³ y el padre Ignacio Lizasoáin lo recibió de Guayaquil, en Ecuador.¹⁴⁴ La red que los jesuitas habían establecido por todo el mundo facilitaba estos contactos. Muy frecuentes fueron también las cartas a la patria, las que allí en algunas ocasiones se publicaron como noticias raras y valiosas de lejanas partes del mundo.¹⁴⁵ A las noticias escritas los jesuitas agregaban a veces objetos curiosos. El padre Juan Rossi adjuntó a una de sus cartas de México el cascabel de una víbora,¹⁴⁶ el padre Felipe Segesser envió una caja llena de objetos de Sonora a Suiza, para que su familia pudiera formarse una imagen más completa de los indios.¹⁴⁷ Se han conservado también ejemplos de cartas que recibieron los jesuitas en América de sus parientes en Europa, en las que se informa sobre el bienestar de los tíos, primos y conocidos de antes.¹⁴⁸ Naturalmente los padres se carteaban también con los laicos de sus provincias, muchas veces en asuntos de negocios, sobre todo cuando administraban una de las misiones más ricas. De esta manera, el padre Andrés Michel parece haber recibido en Ures casi cada dos días una carta.¹⁴⁹

2.10. *La literatura*

Aparte de la correspondencia, algunos padres se entretenían con

¹⁴³ *Lettres édifiantes et curieuses*, Paris, 1702-1776, 34 Bde.; durante el largo periodo de su existencia, la serie tuvo varios editores. Joseph Stöcklein, S.J. Peter Probst, S.J. Franz Keller, S.J. (eds.), *Der Neue Welt-Bott. Allerhand so Lehr- als Gistreiche Briefe, Schriften und Reis-Bschreibungen, welche von denen Missionariis der Gesellschaft Jesu aus Beyden Indien und andren Uber Meer gelegenen Ländern (...) in Europa angelangt synd*, Augsburg-Graz y Wien 1728-1761, 5 vols.

¹⁴⁶ III. *Brieff R. P. Joannis Rossi an R. P. Sebastianum Kayser*, Residencia de San Francisco de Borja, 13 de noviembre de 1731, *Welt-Bott*, vol. 3, parte 20-21, núm. 448, p. 107-110.

¹⁴⁷ "(...) las envío solamente por curiosidad porque en mi patria no se persuaden que los indios sean capaces por semejantes cositas", P. Segesser a Tomás Ruiz de Apodaca, Ures, 21 de febrero de 1760, AGI, *Consulados* 403. Compárese: Gottfried Hotz, *Indian Skin Paintings from the American Southwest. Two Representations of Border Conflicts between Mexico and the Missouri in the Early Eighteenth Century*, Norman, University of Oklahoma Press, 1970.

¹⁴⁸ María Tarrós y Aranda al padre Ramón Tarrós, Taragona, 10 de agosto de 1763, AGN, *Temporalidades Indiferente* 21. Sor María Rosa Regina Josepha Segesser al padre Felipe Segesser, St. Anna im Steinbruch, 9 de febrero de 1762, AGN, *Jesuitas*, II-8 exp. 11, f. 12r-13r.

¹⁴⁹ Véase también: AHH, leg. 333, exp. 9, y AGN, *Jesuitas*, IV-10, caja 2.

¹⁵⁰ Padre Vicente Rubio al padre Miguel Castro, Mochichahui, 23 de enero de 1765, AGN, *Temporalidades Indiferente* 156.

¹⁵¹ Padre Jorge Hostinsky al padre procurador Cristóbal de Laris, Santo Tomás, 4 de junio de 1712, AGN, *Jesuitas*, Y-14, exp. 3, f. 1578r.

¹⁵² "Inocente, apostólica y gloriosa muerte del venerable Padre Francisco Javier Saeta, de la Compañía de Jesús, misionero de la nueva conversación de la Concepción de Nuestra

trabajos literarios de diferentes géneros. El padre Vicente Rubio se divertía con la redacción de versos latinos.¹⁵⁰ El padre Jorge Hostinshy se ocupaba en escribir tratados teológicos, también en latín, los que quería enviar a Roma para su publicación; con este propósito encargó que se le mandara papel de primera calidad de la ciudad de México.¹⁵¹ Más celebres son los escritos históricos y geográficos de los padres Francisco Eusebio Kino o Juan Nentuig, para mencionar sólo dos de los más conocidos.¹⁵² El padre Bernardo Middendorff pidió “4 pergaminos blancos finos para mapear” para ayudar al padre Nentuig a dibujar un mapa de Sonora.¹⁵³ Libros con noticias sobre el trabajo de los misioneros en diversas partes del mundo constituyeron, por encima del interés personal de sus autores, una parte integral de la actividad propagandística de la orden. De esta manera, los superiores tanto en Roma como en las provincias, procuraron inducir a los padres a remitir regularmente informes sobre los acontecimientos que ocurrían en sus misiones. La redacción de estas relaciones no significaba puro relajamiento, sino que más bien podía resultar engorroso para los jesuitas cargados con trabajos, al requerir mucho tiempo; de tal suerte que en 1743 apuntó el visitador general Juan Antonio Balthasar que las repetidas exhortaciones “(...) de apromptar puntos de anuas y cosas particulares (que pueden dar luz y lustre a la historia entera de la Provincia) nunca o pocas veces se ejecuta, y espero que ahora tendrá mejor efecto”.¹⁵⁴

Basándose en estas informaciones, los jesuitas a veces compusieron historias oficiales de las diferentes provincias, cuyos títulos indican claramente la intención propagandística. Para México, las

Señora del Cabotca [sic] de la Pimería, en la Provincia de Sonora, y dictámenes apostólicos del mismo venerable Padre, en orden de hacer nuevas conquistas y conversiones de almas; como también del estado presente de estas nuevas naciones y conversiones con el mapa universal de todas las misiones, intitulado Theatro de los Trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús en la América Septentrional 1695, por el Padre Eusebio Francisco Kino, Dolores,

20 de septiembre 1695” (fecha de la dedicatoria), BN, *México* 1118, f. 139-198. Eusebio Francisco Kino, “Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo apóstol de la Indias San Francisco Javier experimentados en las nuevas conquistas y nuevas conversiones del nuevo reino de Nueva Navarra de esta América Septentrional incógnita, y paso por tierra a la California en 35 grados de altura, con su nuevo mapa cosmográfico de estas nuevas y dilatadas tierras que hasta ahora habían sido incógnitas. Dedicados a la Real Magestad de Felipe V muy católico rey y gran monarca de las Españas y de las Inidas, 1699-1710”, AGN, *Misiones* 27, f. 1r-227v. Juan Nentuig, “Descripción geográfica, natural, y curiosa de la provincia de Sonora por un amigo del servicio de Dios y de el rey nuestro señor”, 1764, AGN, *Historia* 393, f. 210r-306v. De las tres obras hay ediciones en español y en inglés.

más importantes son la *Historia de los triunfos de nuestra santa fe* del padre Andrés Pérez de Ribas, de 1645,¹⁵⁵ los *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús*, editado por el padre Francisco Javier Fluvía en Barcelona, en 1754, basándose en unos manuscritos de los padres José Ortega y Juan Antonio Balthasar, y *Noticia de la California* del padre Miguel de Venegas, revisada y editada por el padre Marcos de Burriel en Madrid, en 1757.¹⁵⁶ La gran historia de la Provincia Mexicana, del padre Francisco Javier Alegre no llegó a publicarse en su tiempo a causa de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767.¹⁵⁷ Los misioneros estaban bien conscientes del valor propagandístico de sus informes. Esto lo demuestra muy bien una noticia del padre Francisco Javier Keller sobre la conversión de un hechicero. Keller mandó al visitador general una relación muy edificante del evento para su envío a México, y explicó en hoja aparte, para el uso interno, como las cosas habían sucedido realmente.¹⁵⁸

3. EPÍLOGO

Para todas estas ocupaciones, la paulatina pérdida de la vista en la vejez significaba un duro golpe. Este mal se podía intentar remediar consiguiéndose anteojos, pero tampoco éstos brindaban siempre la ayuda esperada. Los padres Manuel Aguirre y Juan Nentuig jamás recibieron de la ciudad de México los lentes idóneos para remediar sus problemas. El padre Aguirre escribió en 1759 acerca de los anteojos que le habían llegado: “El año pasado los pedí, me los enviaron, pero ninguno me sirve, y así le ruego a Vuestra Reverencia, por la Virgen Santísima, que me envíe cuatro pares de nueve, diez, once y doce grados y que los vidrios sean bien blancos (...), y aunque tiren un poquito a amarillo los vidrios serán buenos, los que recibí en este año son chiquitos y tiran a verdes, y así no me sirven. Vuestra Reverencia perdona tanta moledera. Los anteojos que vengan engastados en carey”.¹⁵⁹ El padre Nentuig, ya bastante ciego, se enteró en 1763 de un nuevo producto y pidió “(...) un par

¹⁵³ Memoria del padre Middendorff, Movas, s.f., AHPMCJ, núm. 1629. Padre Nentuig al padre provincial Francisco Zevallos, Guázabas, 14 febrero de 1765, AHH, leg. 17, exp. 24.

¹⁵⁴ Padre visitador general Juan Antonio Balthasar al padre provincial Cristóbal de Escobar y Llamas, Rahum, 20 de noviembre de 1743, AHH 2009, caja 1, exp. 19. Padre general Charles de Noyelle al padre provincial Bernardo Pardo, Roma 2 de enero de 1683, ARSI, México 3, f. 200r.

¹⁵⁵ Andrés Pérez de Ribas, S.J., *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*, Madrid, 1645, reedición: México, 1944, 3 vols.

¹⁵⁶ Francisco Javier Fluvía, S.J. (de.), *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús escritos por*

de anteojos de la fábrica nueva del rey, con su cajita”;¹⁶⁰ pero tampoco en esta ocasión le sirvieron. De esta manera el padre Aguirre informó al año siguiente al procurador en México: “El p. Juan Nentuig me dio sus anteojos que le vinieron este año, no le sirven a Su Reverencia; a mí me sirven para leer y escribir. Si Vuestra Reverencia puede agenciarme de seis, de siete y de ocho grados al modo de esos (quizás se acordará Vuestra Reverencia cómo eran) se lo estimaré mucho”.¹⁶¹ Año con año se le enviaron al padre Nentuig lentes desde la ciudad de México; en 1766, le dieron también los del fallecido padre Tomás Pérez de la Busta, pero nunca fueron de substancial ayuda. “De los tres pares de anteojos”, escribió en este mismo año, “sólo él de gozne que venía en cajita aparte me sirve algo, tiene según percibo el número 18 y los vidrios convexos, no cóncavos, quizás enviándome de los números 16, 17, 19 y 20 cobraré vista de nuevo, pues estoy acabadísimo de ella”.¹⁶² También las obligaciones religiosas se resentían por la mala vista de un padre. Por esto, el padre Nentuig pidió “(...) un misal de letra grande y bien clara en buen papel, porque con los que tengo es bastante el trabajo para decir la Santa Misa, pero si tal no se hallare nuevo, suplico a Vuestra Reverencia no venga con olor a almizcle, el que aflige mucho, máxime en ayunos, por cuyo motivo no me puedo acercar al Santo Cristo que me envió Vuestra Reverencia, porque su peana está enalmizclada”.¹⁶³ Para un padre que sufría de mala vista, incluso la alegría de recibir una carta podía empañarse, si el amigo tenía una letra difícil de descifrar, lo cual dio a entender el padre Luis María Marciani al padre Juan Antonio Balthasar: “Va esta [carta] de letra ajena (...) porque estoy malo de los ojos, quizás causado de la irremediable letra de Vuestra Reverencia, y lo peor es que pierdo las esperanzas de tenerla mayor, ¿qué hemos de hacer? A trueque de que no carezca de sus amables letras, que son para mí de mucho consuelo, aunque sea con microscopio si no alcanzan los anteojos que ya uso (...), vengan pues muchas y muy largas cartas de Vuestra Reverencia, que el gusto que tengo en ellas me suavizará el trabajo de leerlas”.¹⁶⁴

En conclusión, puede constatarse que la vida en las misiones no era nada fácil para los jesuitas, aunque las condiciones variaban de

un Padre de la misma Sagrada Religión de su Provincia de México, Barcelona, 1754. Miguel Venegas, S.J.-Marcos Burriel S.J., *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual h a s t a el tiempo presente sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739 por el Padre Miguel Venegas de la Compañía de Jesús y de otras noticias y relaciones antiguas y modernas*, 3 vols., Madrid, 1757.

región en región, incluso de pueblo a pueblo. Mientras que, por ejemplo, Baja California, aparte del personal del presidio de Loreto, carecía casi por completo de la presencia de españoles laicos, las misiones de Sonora, Sinaloa y, en menor grado, de la Tarahumara formaban parte de una compleja sociedad colonial, a la cual pertenecían, además de los indios y misioneros, mineros, comerciantes, ganaderos, funcionarios reales, oficiales y soldados presidiales y curas párrocos, así como un creciente número de pequeños agricultores y ganaderos, obreros eventuales y vagabundos españoles y de todas las castas.¹⁶⁵ Muy diversas fueron también las personalidades de los misioneros. Hay que subrayar que los casos de padres raros, enfermos y locos no constituyeron la regla entre los misioneros, pero pueden tomarse como expresión de los pesares a los que se veían expuestos en la frontera. Muchos de ellos, sin embargo, aguantaron el rigor de los trabajos durante décadas, sin llamar la atención con ninguna extravagancia. Donde unos vivían sin notables problemas, otros fracasaban lastimosamente. Eso dependía de la capacidad individual de adaptación de cada uno. Cierta testarudez y algunas veleidades probablemente incluso fueron una estrategia para sobrevivir en el aislamiento en que vivían. Esto llegó al grado que algunos veteranos en las misiones, como los padres Francisco Javier Pauer o Ignacio Javier Keller, parecen haber sentido la prolongada compañía de algún otro jesuita más como un engorro en su acostumbrada cotidianeidad.¹⁶⁶ En suma, dependía de la personalidad de cada padre la adaptación a la vida de las misiones. Incluso a las comidas picantes era posible acostumbrarse¹⁶⁷ y, con algo de ingenio, aun sacar ventaja de las largas espinas de las biznagas: “Se pueden usar muy bien con palillos, y una puede servir por muchos años, sin que sea necesario sacarle punta o filo”.¹⁶⁸

BIBLIOGRAFÍA

Archivos

AGI: Archivo General de Indias, Sevilla

¹⁵⁷ Francisco Javier Alegre S.J., *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, eds. Ernest J. Burrus S.J.-Félix Zubillaga, S.J., 4 vols., Roma, 1956-1960 (Biblioteca Instituti Historici S.I., 9, 13, 16, 17).

¹⁵⁸ Padre Keller al padre visitador general José Javier de Molina, Santa María Suamca, 3 de diciembre de 1740, AHH, leg. 17, exp. 7.

¹⁵⁹ Padre Aguirre al padre procurador José Hidalgo, Bacadéguachi, 23 de marzo de 1759, AGN, *Temporalidades Indiferente* 29.

¹⁶⁰ Memoria del padre Juan Nentuig, Guázabas, 20 de febrero de 1763, AHH, leg. 321 exp. 19.

¹⁶¹ Padre visitador Aguirre al padre procurador Hidalgo, Bacadéguachi, 11 de marzo

Secciones: *Consulados, Audiencia de Guadalajara*

AGN: Archivo General de la Nación, México D.F.

Ramos: *Historia, Jesuitas, Misiones, Temporalidades Indiferente*

AHH: Archivo Histórico de Hacienda, ramo *Temporalidades*, México D.F.

AHPMCJ: Archivo Histórico de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, México

AHINAH: Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México D.F.

ARSI: Archivum Romanum Societatis Iesu, Roma

Secciones: *Fondo Gesuítico (F.G.), Provincia Mexicana (Mex.), Vitae*

BLB: Bancroft Library, Berkeley

BNC: Biblioteca Nazionale Centrale Vittorio Emanuele II, Roma

BLL, Add: British Library, London, Additional Manuscripts

StA, PA: Staatsarchiv Luzern, Privatarchive (Archivo Estatal de Lucerna), Suiza

WBS: W. B. Stephens Collection, University of Texas, Austin

Fuentes publicadas

AZARA, Félix de, *Viajes por América Meridional*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969 (ed. francesa 1808).

BAEGERT, Johann Jakob, S.J., *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien: mit einem zweyfachen Anhang falscher Nachrichten. Geschrieben von einem Priester der Gesellschaft Jesu, welcher lang darinn diese letztere Jahr gelebet hat*, Mannheim, Churfürstliche Hof- und Academie-Buchdruckerey, 1773.

BARCO, Miguel del, S.J., *Historia natural y crónica de la Antigua California [Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas]*, ed. Miguel León-Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973 (Serie de historiadores y cronistas de Indias 3).

BURRUS, Ernest J. y Félix Zubillaga, *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas, 1600-1769*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, (Serie Documental 18).

DUNNE, Peter Masten, S.J., y Ernest J. Burrus, S.J. (eds.), "Four unpublished letters of Anton Maria Benz eighteenth century missionary to Mexico", en: *Archivum Historicum Societatis Iesu* 24 (1955), p. 336-378.

- ESTEYNEFFER, Juan de, S.J., *Florilegio Medicinal* (México 1712), ed. María del Carmen Anzures y Bolaños, 2 vols., México, Academia Nacional de Medicina, 1978 (Nuestros clásicos 2, Colección la Historia de la Medicina en México).
- FEIJOO Y MONTENEGRO, Benito Gerónimo, *Cartas eruditas, y curiosas en que por la mayor parte, se continúa el designio del Theatro Crítico Universal. Impugnando, o reduciendo, a dudosas varias opiniones comunes*, vol. 3, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1774 (reimpr., 1a. De. 1750).
- FLUVIÁ, Francisco Javier, S.J. (ed.), *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús escritos por un padre de la misma sagrada religión de su provincia de México*, Barcelona, Pablo Nadal, 1754.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis (ed.), *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740. Informes y relaciones misioneras de Luis Xavier Velarde, Giuseppe María Genovese, Daniel Januske, José Agustín de Campos y Cristóbal de Cañas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977 (Serie de historia novohispana 27).
- JUNKMANN, W. (ed.), “Aus dem Tagebuche des mexicanischen Missionarius Bernh. Middendorff aus der Gesellschaft Jesu”, en *Katholisches Magazin für Wissenschaft und Leben*, vol. 1 (Münster 1845), p. 740-798, vol. 2 (1846), p. 21-54, 179-208.
- KINO, Eusebio Francisco, S.J., “Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo apóstol de las Yndias Francisco Xavier experimentados en las nuevas conquistas y nuevas conversaciones del nuevo reino de Nueva Navarra”, en Francisco Fernández del Castillo-Emilio Böse (eds.), *Las misiones de Sonora y Arizona*, México, AGN, 1913-1922 (Publicaciones del AGN 8), p. 1-394.
- MURR, Christoph Gottlieb von, (ed.), *Nachrichten von verschiedenen Ländern des spanischen Amerikas. Aus eigenhändigen Aufssätzen einiger Missionare de Gesellschaft Jesu*, 2 vols., Halle, Johann Christian Hendel, 1808-1811.
- NENTUIG, Juan, S.J., *El rudo ensayo. Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*, edición de Margarita Nolasco Armas, Teresa Martínez Peñalosa, América Flores, México, INAH, 1977 (Colección Científica 58).
- NUNIS, Doyce B. Jr. y Elsbeth Schulz-Bischof (eds.), *The Letters of Jacob Baegert, 1749-1761. Jesuit Missionary in Baja California*, Los Ángeles, Dawson, 1982 (Baja California Travels Series 45).
- OCH, Joseph, S.J., P. Joseph Och's, “Glaubenspredigers der G. J. In Neumexico, Nachrichten von seinen Reisen nach dem spanischen Amerika, seinem dortigen Aufenthalte vom Jahr 1754 bis 1767, und Rückkehr nach Europa 1768. Aus dessen eigenhändigen Aufzeichnungen. In drey Abschnitten”, en Murr (ed.), *Nachrichten von verschiedenen*

Ländern, vol. 1 (1808), p. 1-292.

PÉREZ DE RIBAS, Andrés, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe* (1645), 3 vols., México, Editorial Layac, 1944.

PFEFFERKORN, Ignaz, S.J., *Beschreibung der Landschaft Sonora samt anderen merkwürdigen Nachrichten von den inneren Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschland, nebst einer Landkarte von Sonora. Von Ignaz Pfefferkorn, elfjährigen Missionar daselbst*, 2 vols., Colonia, langensche Buchhandlung, 1794-1795.

RENGGER, R., *Reise nach Paraguay in den Jahren 1818 bis 1826*, ed. A. Remnnger, Arau, H. R. Sauerlaender, 1835.

SEGESSER, Philipp A. (ed.), “Die Berichte des P. Philipp Segesser aus der Gesellschaft Jesu über seine Mission in Sonora, 1731-1761”, en *Katholische Schweizer Blätter*, Nueva Serie, 2º año, núm. 6-9 (Luzern 1886).

STEFFEL, MATTHÄUS, S. J., “Tarahumarisches Wörterbuch, nebst einigen Nachrichten von den Sitten und Gebräuchen der Tarahumare, in Neu-Biscaya, in der Audiencia Guadalaxara im Vice-Königreiche Alt-Mexico, oder Neu-Spanien”, en Murr (ed.), *Nachrichten von verschiedenen Ländern*, vol. 1, p. 293-374.

STÖCKLEIN, Joseph, S.J. y Franciscus Keller S.J. (eds.), *Der Neue Welt-Bott. Allerhand so Lehr- als Geistreiche Briefe, Schriften und Reise-Beschreibunge, welche von denen Missionariis der Gesellschaft Jesu aus Beyden Indien und anderes Uber Meer gelegenen Ländern (...) in Europa angelangt seynd*, 5 vols., Augsburg/Graz y Wien, Martin y Veith/Kaliwoda, 1728-1761.

VENEGAS, Miguel, S.J. y Marcos Burriel, S.J., *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739 por el Padre Miguel Venegas de la Compañía de Jesús y de otras noticias y relaciones antiguas y modernos*, 3 vols., Madrid, Imprenta de la viuda de Manuel Fernández/Supremo Consejo de la Inquisición, 1757.

Estudios impresos

ALBERRO, Solange, *Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles de México dejaron de serlo*, México, El Colegio de México, 1992 (Jornadas, 122).

ANZURES Y BOLAÑOS, María del Carmen, *La medicina tradicional en México. Proceso histórico, sincretismo y conflicto*, México, UNAM, 1983.

BURRUS, Ernest J., S. J., *Kino and Mange. Explorers of Sonora and Arizona*, Roma-Saint Louis, Saint Louis University, 1971 (Sources and Studies for

the History of the Americas, 19).

DEEDS, Susan M., *Rendering to Caesar. The Secularization of Jesuit Missions in Mid-Eighteenth Century Durango*, Tucson, 1981 (tesis no publicada de la University of Arizona).

DUNNE, Peter Masten, S. J., "Captain Anza and the Case of Father Campos", en *Mid-America* 23 (1941), p. 45-60.

GERHARD, Peter, *The North Frontier of New Spain*, Princeton, Princeton University Press, 1982.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis, "Religión y comercio de plantas medicinales en el noroeste colonial", en Luis González Rodríguez, *El noroeste novohispano en la época colonial*, México, Porrúa, 1993, p. 513-543.

Handbook of North American Indians, vols. 9-10: Alfonso Ortiz (ed.), Southwest, 2 vols., Washington, Smithsonian Institution, 1979-1983.

HAUSBERGER, Bernd, "La violencia en la conquista espiritual: las misiones jesuitas de Sonora", en *Jahrbuch für Staat, Geschichte und Gesellschaft von Lateinamerika* 30 (1993), p. 28-54.

———, *Jesuiten aus Mitteleuropa im kolonialen Mexiko. Eine Bio-Bibliographie*, Viena/Munich, Verlag für Geschichte und Gesellschaft/R. Oldenbourg Verlag, 1995 (Estudios sobre historia y cultura de los países ibéricos e iberoamericanos, 2).

HOTZ, Gottfried, *Indian Skin Paintings from the American Southwest. Two Representations of Border Conflicts between Mexico and the Missouri in the Early Eighteenth Century*, Norman, University of Oklahoma Press, 1970.

LEÓN GARCÍA, Ricardo, *Misiones jesuitas en la Tarahumara (siglo XVIII)*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992 (Estudios regionales, 6).

LEÓN-PORTILLA, Miguel, "Las pinturas del bohemio Ignaz Tirsch sobre México y California en el siglo XVIII", en *Estudios de Historia Novohispana* 5 (1974), p. 89-95.

MATHES, W. Michael, "Oasis culturales en la antigua California. Las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773", en *Estudios de Historia Novohispana* 10 (1991), p. 369-442.

MIRAFUENTES, José Luis, *Movimientos de resistencia y rebelión indígena en el norte de México (1680-1821)*, vol. 2, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993.

NAVARRO GARCÍA, Luis, *Sonora y Sinaloa en el siglo XVII*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1967 (Publicación de la EEHA, 176).

ORTEGA NORIEGA, Sergio, "El sistema de misiones jesuíticas, 1591-1699",

- en Sergio Ortega Noriega-Ignacio del Río (eds.), *Historia General de Sonora*, vol. 2, Hermosillo, 1985, p. 37-75.
- , “Crecimiento y crisis del sistema misional, 1686-1767”, en Sergio Ortega Noriega-Ignacio del Río (eds.), *Historia General de Sonora*, vol. 2, Hermosillo, 1985, p. 113-150.
- e Ignacio del Río (eds.), *Historia General de Sonora*, vol. 2: *De la Conquista al Estado Libre y Soberano de Sonora*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1985.
- POLZER, Charles W., S.J., *Rules and Precepts of the Jesuit Missions of Northwestern New Spain*, Tucson, University of Arizona Press, 1976
- RILEY, Carroll L., *The Frontier People. The Greater Southwest in the Protohistoric Period*, Albuquerque, 2a. ed. revisada, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987.
- RÍO, Ignacio del, *Conquista y aculturación en la California jesuítica 1697-1768*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984 (Serie de Historia Novohispana, 32).
- SPICER, Edward H., *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, Tucson, University of Arizona Press, 1962.
- STERN, Peter y Robert H. Jackson, “Vagabundaje and Settlement Patterns in Colonial Northern Sonora”, en *The Americas* 44 (1988), p. 461-481.
- ZAMBRANO, Francisco, S. J., y José Gutiérrez Casillas, S. J., *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, vols. 3-16, México, Editorial Jus, 1963-1977.